

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

---

# LA HERENCIA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

LUIS CALVO REVILLA

==



MADRID  
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

*(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)*

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.º

—  
1892



JUNTA DELEGADA  
DEL  
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la  
Biblioteca Nacional

Procedencia

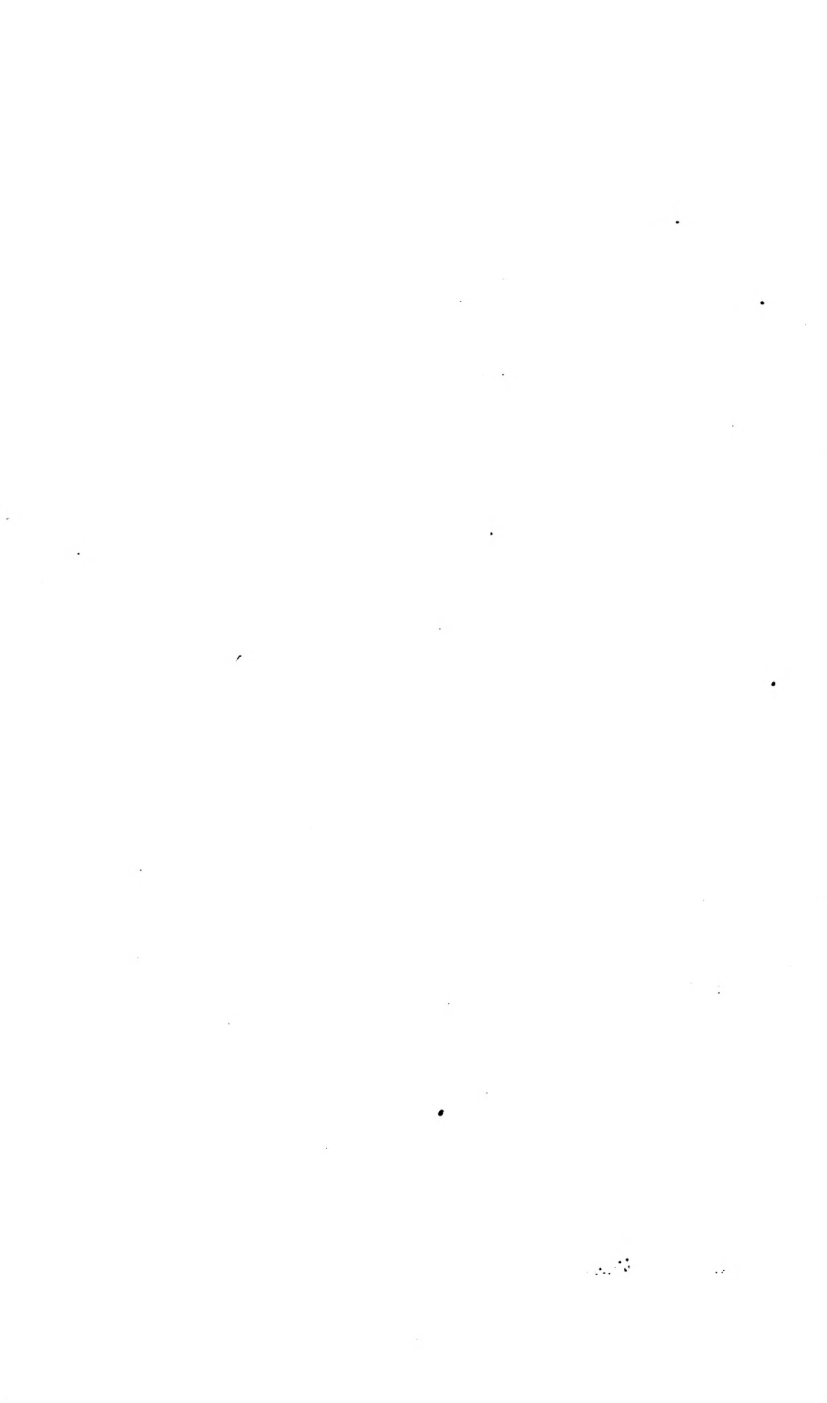
N.º de la procedencia

1193

LA HERENCIA

*Al Sr. Juan Gomez May  
en testimonio de buena  
y antigua amistad, su  
compañero*

*El Autor*



# LA HERENCIA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

LUIS CALVO REVILLA

Representado por primera vez en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 4 de  
Marzo de 1892.



MADRID  
IMPRESA DE JOSÉ RODRÍGUEZ  
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

—  
1892

## PERSONAJES

## ACTORES

DOÑA LUZ.....	SRTA.	DOÑA	LUISA CALDERÓN.
DOÑA BEATRÍZ.....	SRA.	»	AMPARO RIVELLES.
RODOLFO.....	SR.	DON	RICARDO CALVO.
ALFONSO X.....	»	»	DONATO JIMÉNEZ.
EDGARDO.....	»	»	JOSÉ PÉREZ.
ENRIQUEZ.....	»	»	JAIME RIVELLES.
DON ANTONIO.....	»	»	ANTONIO VALLARINO
ABEL.....	»	»	FERNANDO CALVO.
GARCÉS.....	»	»	MANUEL MOLINA.
DIEGUEZ.....	»	»	MANUEL MARTÍNEZ SANTOS.

UN SECRETARIO (que  
no habla)..... » » N. N.

Damas, Pajes, Caballeros, Soldados, Bandidos, y Hombres y  
Mujeres del pueblo.

La acción se supone en el siglo XIII.—Los tres actos en  
un castillo de doña Beatriz.

ADVERTENCIA. El papel de doña Luz es de escasa importancia, y debe hacerlo la dama joven de la Compañía. El carácter bondadoso y condescendiente de la señorita Calderón y la buena y antigua amistad con que distingue al autor de esta obra, han sido causa de que acceda á encargarse de tan insignificante papel.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebran en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

QUERIDOS HIJOS

LUISITO, RAFAELITO Y MARIQUITA

*Os dedica esta obra su autor y el vuestro.*

*Luis.*





---

## ACTO PRIMERO

---

Salón del castillo de doña Beatriz, amueblado lujosamente.

En el foro un gran arco por donde se ve otro salón con puerta al foro. A derecha é izquierda del arco dos puertas; la de la derecha da acceso á una capilla. En primer término, á la derecha, ventana; en segundo puerta. A la izquierda, en primer término, puerta. Entre la puerta y ventana de la derecha trofeo con armas.

### ESCENA PRIMERA

GARCÉS y ENRIQUEZ; el primero mirando por la  
ventana.

GARCÉS. Acercáos, capitán,  
que, vive Dios, que en mi vida  
vi más gente rennida.  
Junto al airoso galán,  
que luce gentil aliño,  
la gallarda lugareña  
con su saya de estameña;  
y más blanca que el armiño  
bajo su toca que ondea  
y resplandores derrama,  
la altiva y hermosa dama  
con el siervo se codea.  
No hay conjunto más bizarro.

Mirad qué nube de plumas.  
Si parecen las espumas  
de ese mar en que oro y barro,  
confundido y en tropel,  
se estrecha de orilla á orilla  
y desborda en la capilla  
en busca de su nivel.  
Qué, ¿no os agrada la fiesta?

ENRIQ. Vi tantas.

GARCES. ¿La desdeñáis?

Pues pongo lo que queráis  
á que hay pocas como esta.  
Jamás otras tierras ví,  
pero de todas me río:  
no existe otro señorío,  
y á los ancianos lo oí,  
que son gente de experiencia,  
que contenga en sus linderos  
cuatrocientos caballeros  
bajo una misma obediencia.  
Todos con la misma ley,  
tan justa que se bendice  
por todos. Y aunque se dice  
de las haciendas del rey  
que tantas son, yo á mi modo  
pienso con gran confianza  
que á esto su hacienda no alcanza.

ENRIQ. Mozuelo, del rey es todo.

(Con acento de reconvención.)

GARCES. Eso cuentan. (Con acento de duda.)

ENRIQ. De esa suerte  
son sus derechos.

GARCES. ¡Error!

Hay un derecho mayor.

ENRIQ. ¿Y cuál es?

GARCES. El del más fuerte.

Si no, ahí está como prueba  
don Sancho el hijo del rey.  
Habladle á ese de la ley.  
Sin que su padre se atreva  
á oponerse á esta mancilla,  
anda por esas ciudades

conquistando voluntades,  
y casi es suya Castilla.  
¿Qué importa que los señores  
rindan un pleito homenaje,  
que acredita vasallaje,  
si con razones mejores  
que las que en ese trabajo,  
que llaman derecho justo,  
pone el Rey, hacen su gusto,  
vuelven lo de arriba abajo  
como aquel que puede y debe?  
El Rey lejos, aunque quiera,  
de estas cosas no se entera;  
si se entera no se mueve;  
y si se mueve, lucida  
suele quedar su bambolla:  
se le aguarda, se le arrolla,  
y cede á cuanto se pida.

ENRIQ. ¿Viste mucho de eso? (Con duda.)

GARCES. Un poco;

mejor dicho, yo no ví;  
pero á las gentes lo oí.  
Aquí mismo miro y toco  
una prueba bien expresa:  
si las órdenes que el rey  
pregona fueran la ley,  
no tuviera esta Condesa  
la hacienda que su mesnada  
defendió con bizarría;  
quitársela el rey quería  
para el señor de Moncada  
vuestro tío, que fué hermano  
de nuestro Conde difunto.  
Bien explicado está el punto  
en la ley, y fuera vano  
entenderlo de otro modo:  
«Que si el Señor falleciere  
(Como recitando la ley.)  
é hijo ó hija no tuviere,  
no deje parte ni todo  
á la que su esposa fué,  
porque es de sangre la herencia.»

Y aunque acudió á la violencia,  
y con gran denuedo á fe,  
defendiendo su derecho  
vuestro tío, y consecuente  
vino el rey con mucha gente,  
no pudo entrar en el pecho  
de los de este señorío  
eso que parece llano:  
vencieron al soberano,  
rindieron á vuestro tío,  
y obligado de este modo  
el Rey, fácil de obligar,  
se cansó de batallar  
y al cabo pasó por todo.

ENRIQ. ¡Qué orgullo por la victoria!  
(Con despecho.)

GARCES. No fué de poco interés.

ENRIQ. Aun tú, nacido después,  
te la sabes de memoria.  
De don Fernando tercero  
en vida, este señorío  
lo disfrutara mi tío.  
No aceptara el Rey guerrero  
como ley su humillación,  
ni otorgara como justo  
que la Condesa á su gusto  
pueda indicar sucesión  
que el matrimonio no hizo,  
dando ocasión á que ahora  
á Rodolfo esa señora  
designé; á un advenedizo.  
Mas don Alfonso en el cielo  
piensa solo; la cabeza  
hacia él levanta y tropieza  
en una china del suelo.  
Tiene absortos los sentidos  
en ese estudio tan grave. (Con ironía.)

GARCES. Eso sí; dicen que sabe  
más que todos los nacidos.  
Cuentan, no sé si es verdad,  
que por extraños inventos  
conoce los pensamientos

de toda la humanidad.  
Arroja en una caldera  
hierro, plomo y otras cosas,  
y salen piedras preciosas,  
y de oro todo el que quiera.

ENRIQ. Deja necias invenciones.

GARCES. Por mí dejadas están.  
Pero venid, capitán;  
(Mirando por la ventana.)  
va saliendo á pelotones  
la gente de la capilla.  
Ya se aproxima la hora.  
Ahora sale la señora,  
que la chusma se arrodilla  
y toda con gorra en mano.  
Llegad, veréis cuánta gala.

ENRIQ. La he de ver en esta sala...

GARCES. ¡Digo! (Sorprendido de que Enriquez no acuda.)

ENRIQ. Molestarme en vano  
no me gusta.

GARCES. Me parece...

Perdonad si es osadía  
que os enoja esta alegría.

ENRIQ. ¿Por qué motivo? Ella ofrece (Con ironía.)  
á este feudo el regocijo  
de pasar á ser de un mozo  
que ni apenas tiene bozo,  
ni sabe de quién es hijo.

GARCES. ¿Y qué? (Con disgusto.) Ya entran en la nave.  
(Por la gente que aparece en el foro.)

ENRIQ. Mi tío, por su torpeza, (Aparto.)  
perdió ser de esto cabeza.  
Aún vivimos, y... quién sabe.

## ESCENA II

DICHOS, DOÑA BEATRIZ, RODOLFO, EL SECRE-  
TARIO del Feudo, Damas, Caballeros, Pajes, Soldados,  
Hombres y Mujeres del pueblo.

BEAT. Salud para todos pido  
á Dios, nobles caballeros,

que á mi pregón obedientes  
vinisteis; salud deseo  
á los sufridos hidalgos;  
á los humildes plebeyos.  
A todos la bienvenida  
os doy, magnates y siervos,  
y la atención os reclamo  
que merece este suceso. (Pausa.)  
En nombre del poderoso  
Señor que habita en los cielos,  
uno en esencia y en forma  
tres, igualmente perfectos,  
yo, Beatriz de Alvar y Luna,  
que por designios del cielo  
no presté calor ni vida  
á infante alguno en mi seno,  
con el fin de que mi nombre  
no desaparezca, lo lego  
á Rodolfo, á quien por hijo  
adopto en este momento.  
A sus padres desconoce,  
y pues por sus grandes hechos,  
los más insignes monarcas  
no desdeñaran el serlo,  
yo, que como hijo le tuve,  
desde hoy por hijo le quiero. (Pausa.)  
Carga para mí molesta  
es el difícil gobierno  
de un Estado: con disgusto  
de él me encargué; y pues ya tengo  
sucesor que en cien batallas  
ha acreditado su esfuerzo,  
y es tan fiero en la pelea  
como sabio en el consejo,  
yo, Condesa de Lorcayo,  
soberana de este feudo,  
por la muerte del esposo,  
que en gloria esté, y por acuerdo  
del señor Rey de Castilla,  
con la permisión del cielo  
y con la fe que me presta  
de que hago bien, dono y lego

á Rodolfo el señorío.

Acatad, pues, lo que ordeno.  
Cuanto os dije, consignado  
de mi gusto y por entero,  
con explicación de todo  
lo que fué mío, y entrego,  
en poder del Secretario  
de este señorío dejo:  
está de su puño escrito,  
y al pie mi firma y mi sello.

ROD. Señora... que por señora  
y soberana del feudo  
os tendré mientras aliente  
y seré súbdito vuestro;  
yo acepto este señorío,  
no como herencia ni premio,  
sino por daros descanso  
y procuraros sosiego.  
En este sentido solo  
lo admito; y en cumplimiento  
de lo que exigen los usos,  
juro mantener completo  
el Estado que me entregan;  
respetar leyes y fueros,  
y obedecer como es justo,  
y proteger los intentos  
del Rey de Castilla, en tanto  
no viole nuestros derechos.  
Por las divinas personas  
que producen el misterio  
de la Trinidad sagrada,  
así ante el Señor ofrezco.

BEAT. Él, si faltais, os demande,  
y si no otórgueos el premio. (Pausa.)  
Don Antonio de Moncada,  
noble señor, que el primero  
es por sus gentes y tierras  
de mis súbditos, y deudo  
además por ser hermano  
del esposo que en el cielo  
santa paz haya, en su nombre  
y en el de todos aquellos

que el feudo forman, del uso  
y costumbres en respeto,  
homenaje en vuestras manos  
preste, ya compareciendo  
por sí mismo ó por persona  
á quien autorice.

ENRIQ. (Entregando un pergamino á doña Beatriz.)

Tengo  
representación en regla.

(Doña Beatriz entrega el pergamino al Secretario,  
que lo examina )

En justicia y en derecho,  
yo, pues, Salvador Enriquez,  
capitán de ballesteros  
al servicio de la casa  
de Moncada, por él presto  
y por los demás hidalgos  
que tienen deber de hacerlo  
el homenaje debido. (Presta homenaje.)

ROD. Yo como señor lo acepto.

Terminó la ceremonia.

Que os guarde á todos el cielo.

(Vanse todos menos Rodolfo y doña Beatriz.)

### ESCENA III

RODOLFO y DOÑA BEATRIZ

ROD. Señora... (Con mucho agradecimiento.)

BEAT. (Reconviniéndole dulcemente.)

Madre es mejor.

ROD. Señora madre diré,  
y así el respeto uniré,  
que siempre os tuve, al amor.  
Señora madre, no es mucho  
postrarme ante vos rendido  
por el favor recibido,  
que aunque lo veo y lo escucho,  
aún la mente no concibe,  
tal me trastorna la alteza,  
porque dais tanta nobleza



y yo soy quien la recibe.

BEAT. ¿Tanto la herencia te agrada? (Con malicia.)

ROD. ¡Oh! no lo dije por eso. (Protestando.)

El Estado es solo un peso;  
todo su valor es nada  
ante la dicha serena,  
que es la que yo no colijo,  
de ser casi vuestro hijo  
y tener madre tan buena.

BEAT. ¿De veras eso te halaga  
sólo?

ROD. Lo que digo siento.

BEAT. Pero en ese sentimiento,  
aunque así te satisfaga  
por si mismo, sin que aumente  
el gozo la posesión  
del Estado, si en razón  
se acaricia sólomente  
de nombre, ya es interés.  
¿Indiferente te fuera  
que te adoptara cualquiera?  
Con verdad habla. ¿No es  
lo que tu amor significa  
afán de nombre? ¿Ayudó  
el que te intereso yo?  
Mi torpe labio no explica (Contrariada.)  
claramente el pensamiento.

ROD. Sin embargo, yo adivino.  
No el sentimiento mezquino  
de interés, que ya descuento,  
mas ni aun ese otro pueril  
de que receláis me guía;  
que á vos sólo elegiría  
entre ciento ó entre mil.  
Beatriz, ¿sois mi madre vos?  
No porque el nombre me déis  
con el favor que me hacéis.  
¿Sino porque quiso Dios,  
de misericordia lleno  
para mí, que lo hayáis sido?  
Madre, siempre me he creído  
nacido de vuestro seno.

- Perdonad si os agravié (Con temor.)  
BEAT. Sigue, Rodolfo. (Con alegría.)  
ROD. Una historia  
me enseñaron de memoria;  
mas pienso que inútil fué.  
Porque lo de haberme hallado  
recién nacido en el puente  
de la torre, y que la gente  
de la guardia, retirado  
el hallazgo, os dió noticia  
de mi vida milagrosa,  
y vos, siempre bondadosa,  
entre caricia y caricia  
calmásteis mi amarga queja,  
antes lo mismo que ahora  
me ha parecido, señora,  
cuento, patraña, conseja;  
y juro, y juro por Dios,  
que tan por mi madre os tuve,  
que al pensar en ella hube  
de pensar, Beatríz, en vos,  
con instinto verdadero,  
digáis lo que me digáis.  
Madre que vos no seáis,  
ni la busco ni la quiero.
- BEAT. ¡Oh! Tu franqueza reporta.  
Si eso fuera, pues lo oculto  
culpable de amor resulto.
- ROD. Es verdad; mas ¿qué me importa?  
Allá el Señor lo prejuzgue;  
ni pienso en ello siquiera.  
Pedid al hijo que quiera,  
mas no le pidáis que juzgue.
- BEAT. ¡Rodolfo! (Abrazándole y llorando.)  
ROD. ¡Madre querida!  
Estoy de ventura lleno.
- BEAT. La que te llevó en su seno,  
la que te ha dado la vida,  
la que te lloró al nacer.  
¡Ay, Rodolfo, hijo del alma:  
veinte años llevo sin calma;  
¡algo me debes querer!

ROD. ¿Algo decís? todo es poco.

BEAT. No quiero tiranizarte;  
pido tan sólo mi parte,  
mucho más cuando estás loco  
por un virginal encanto.  
Si esto llega á sospechar,  
quizás se pueda agraviar (Con pena.)  
de que se me quiera tanto.

ROD. ¿A qué viene esa amargura? (Con sorpresa.)

BEAT. ¿A mi enojarme tu gusto?  
(Queriendo disimular.)

ROD. Si hay enojo, mas no justo,  
y lo injusto poco dura.  
os convenceré de modo  
que os vuelva al pecho la calma:  
Luz es parte de mi alma;  
vos, señora, sois el todo.  
De las estrellas benditas  
que adornan el firmamento,  
quitad una, quitad ciento,  
siempre quedan infinitas.  
Pues de esa extraña fortuna  
goza la pasión que os dí:  
siempre infinita es en mí,  
quiten ciento, quiten una.

BEAT. ¡Lisonjero!

ROD. ¡No por Dios!

BEAT. ¿La amas mucho?

ROD. Si señora.

Aguardo inquieto la hora  
de ser con vosotras dos  
dichoso.

BEAT. Ya está cercana;  
mañana...

ROD. Si; pero creo,  
tal es mi amante deseo,  
que nunca llegue mañana.

BEAT. ¿Temes algo?

ROD. ¡Por mi nombre!...  
De su padre.

BEAT. Es muy adusto.

ROD. Nunca he sido de su gusto;

y aunque cedió, de ese hombre  
una promesa no es nada.

Si á sus rencores se aferra,  
no ha de darnos poca guerra  
don Antonio de Moncada.

Me trata como á enemigo.

BEAT. No es para él mucho tu halago.

ROD. Como me paga le pago,  
hago lo que hace conmigo.  
¿Pero ese rumor?.. (Escuchando.)

## ESCENA IV

DICHOS y GARCÉS

BEAT. (A Garcés.) ¿Qué pasa?

GARCÉS. Que llega en este momento,  
jadeante y sin aliento,  
á la puerta de la casa  
un escudero, y al par  
que mira hacia aquellas peñas,  
(Indicando por la ventana.)  
hace gestos y hace señas  
como quien no puede hablar;  
pero que indica que allí  
algo ocurre, bien se entiende.

ROD. Por si es que hablarme pretende,  
(A Garcés )  
que pase al momento.

BEAT. (A Garcés.) Sí. (Vase Garcés.)

## ESCENA V

DOÑA BEATRÍZ y RODOLFO

BEAT. Veamos...

(Asomándose á la ventana.)

ROD. Tras de aquellas peñas  
dijo; luego ellas ocultan  
de nosotros el suceso:

nada advertiréis.

BEAT. Me asusta...

ROD. No temáis, madre. Importancia  
no puede tener.

BEAT. Sin duda.

Aquí llega el escudero.  
En su rostro se dibuja  
bien claramente el espanto.

## ESCENA VI

DICHOS, ABEL y GARCÉS

ROD. ¿Qué ocurre? (A Abel.)

ABEL. Que en vuestra busca  
vengo. Se encuentran perdidos.

ROD. ¿Quiénes?

ABEL. Sin tardanza alguna  
habéis de acudir.

ROD. Explica...

BEAT. Acaba.

ABEL. (Indicando por la ventana.)

Tras de esas alturas,  
acosados por bandidos  
que con bizarría luchan,  
don Antonio de Moncada  
mi señor, la gente•suya,  
el señor Rey de Castilla  
y sus hombres, por segura  
tienen su muerte si el tiempo  
perdemos con más preguntas.

ROD. ¡Hola, Garcés! (Llamando.)

Que con priesa, (A Garcés.)  
un buen golpe se reuna  
de soldados escogidos  
y aguarden á que yo acuda,  
bien armados y á caballo.  
Mi noble jaca andaluza  
para el combate aderecen  
con la malla más segura. (Vase Garcés.)

## ESCENA VII

DICHOS, menos GARCÍAS

- ROD. Madre, ayudadme.  
(A Beatriz, que le ayuda á ponerse el casco y la coraza que están en el trofeo.)  
(A Abel ) Entre tanto  
refiere pronto...
- ABEL. Sin duda  
como llegó el Rey há poco  
á nuestra torre, y su augusta  
persona mejor posada  
que aquel nido de lechuzas  
que es de mi señor vivienda,  
merece, de aquesta en busca,  
á fin de darle hospedaje  
más digno, se me figura  
la jornada anticiparon  
de mañana, que á las justas  
y al matrimonio venian.
- ROD. ¿Mas como?... De esto resulta  
(Con espanto.)  
que mi Luz viene con ellos.
- ABEL. Sí señor.
- ROD. (Con desesperación.) ¡Dios me confunda!
- BEAT. ¡Rodolfo! (Tratando de sosegarle.)
- ROD. ¡Luz en peligro!  
(Dirigiéndose á la puerta.)
- BEAT. ¿Dónde vas?
- ROD. ¡Qué me preguntas!
- ABEL. ¿Os acompaño? (A Rodolfo.)
- ROD. (A Abel.) ¡Por Cristo!  
Quede la gente caduca  
á acompañar á las hembras  
y á rezar por los que luchan.
- BEAT. ¿Pero vas solo?
- ROD. No solo,  
que va conmigo mi furia. (Va á salir.)

## ESCENA VIII

DICHOS y GARCÉS

GARCÉS. Señor... (A Rodolfo.)

ROD. ¡Aparta. (Vase.)

BEAT. (A Garcés.) ¡La gente!...

GARCÉS. La encontrará en la segunda  
poterna. Gente escogida.  
No temáis.

BEAT. ¡Que Dios le acuda! (Vase.)

## ESCENA IX

ABEL y GARCÉS

ABEL. ¡Válgame Dios por el mozo; (Por Rodolfo.)  
y qué malamente juzga  
á los viejos!

GARCÉS. ¿Qué os sucede?

ABEL. Poca cosa.

GARCÉS. ¿Se murmura?

ABEL. Otro que tal. Los chicuelos  
que hoy por el mundo se usan,  
debieran tener por padres  
á los nuestros. Brava tunda  
á cada cuatro palabras  
les valieran sus preguntas.

GARCÉS. ¿Os ofendí? porque juro (Con respeto.)  
que fué impensada mi culpa.  
Soy hijo de buena casa;  
las canas y las arrugas  
á respetar he aprendido,  
y sentiría...

ABEL. (Aparte complacido.) Me gusta. (Por Garcés.)  
Este tiene más crianza  
con no ser señor, que algunas  
encopetadas personas. (Por Rodolfo.)  
¿Te llamas? (Alto.)

GARCÉS. Garcés y Acuña.

- Hijo soy de un caballero  
de quien romances abundan  
por sus hechos y proezas.
- ABEL. ¿Del que tomó como saya  
y á su cargo la venganza  
del Señor de quien viuda  
es doña Beatriz?
- GARCES. Del mismo.
- ABEL. Estarías en la cuna  
cuando eso ocurrió.
- GARCES. Ni aun eso,  
que por mi desgracia nunca  
á mi padre ví. Mi madre,  
que ya también es difunta,  
aún me llevaba en su seno  
cuando él murió.
- ABEL. La fortuna  
no te acompañó de niño.
- GARCES. Es verdad. ¿Y por ventura  
conocisteis á mi padre?
- ABEL. Sí por Dios. Persona ruda;  
pero al par bien generoso:  
de los que hoy ya no se usan.  
¡Como que perdió la vida  
por dar cima á una aventura  
á que le llevó el cariño!
- GARCES. Referídmela.
- ABEL. Sin duda  
te la sabrás de memoria.
- GARCES. ¿Y qué importa? Lo que abunda  
dicen que no daña.
- ABEL. Bueno,  
la contaré si te gusta.
- GARCES. Empezad, pues.
- ABEL. La señora,  
que señora se titula  
del feudo, nació villana,  
como toda la ruín chusma  
de parientes que sustenta.
- GARCES. Más buena que ella, ninguna;  
y en cuanto á hermosa...
- ABEL. Tocante



á belleza, una hermosura.  
Tanto, que prendóse de ella  
hasta hacerla esposa suya,  
don Ludovico, el buen Conde  
que ya en la gloria disfruta.  
Casóse, y todo marchaba  
á su gusto; mas la dura  
condición del buen guerrero  
le obligó á poco á que juntas  
sus armas, caudillo de ellas,  
fuese del Rey en ayuda.  
Se estuvo en la guerra un año;  
volvió al fin con más ternura  
que cuando marchó. La noche,  
que por cierto era de lluvia,  
que después de larga ausencia  
iba á pasar con su nunca  
más amada esposa, gritos  
en su aposento se escuchan.  
La voz, según dicen, era  
de doña Beatriz En busca  
del motivo de aquel llanto  
entran gentes, y resulta:  
Doña Beatriz desmayada  
en un lado; sangre oscura  
que salpica el pavimento;  
un lago de ella que cruza  
por debajo del cadáver  
de don Ludovico; una  
espada hasta el mismo pomo,  
es decir, de punta á punta,  
atravesada en su pecho,  
y un trozo de tela burda,  
así como de vestido  
que se desgarró en la fuga,  
colgando del hierro corvo  
conque la ventana ajusta.

**GARCES.** Continuad.

**ABEL.** Al recobrarse  
la señora, á las preguntas  
que sus gentes del suceso  
la hicieron, dijo que una

persona desconocida  
para ella, con fuerza bruta  
rompió por fuera las hojas  
de la ventana; que en lucha  
con su esposo le dió muerte  
y huyó al momento, sin duda  
sirviéndole como escala  
los salientes y figuras  
que por la parte de afuera  
en el muro se dibujan.

**GARCES.** Mas mi padre... (Con impaciencia.)

**ABEL.** Ten cachaza.

El trozo de vestidura  
que se encontró puso en claro  
por fin la historia confusa,  
y se pensó en un labriego  
de las cercanías. Justa  
fué, vive Dios, la sospecha,  
que él fué el matador. Y escucha,  
que ya entra tu nombre en juego.  
Era don Lope de Acuña,  
tu padre, el mejor amigo  
de Ludovico. La busca  
de su asesino no daba  
ni esperanzas de captura,  
cuando una tarde don Lope,  
con diez de la gente suya,  
ansioso de la venganza,  
salió al campo; hizo preguntas,  
hasta penetrar en tierras  
del señor Rey; con astucia  
se enteró de que el malvado  
se hallaba en una casucha,  
á la margen de un sendero.  
La registraron, y en una  
caballeriza ruínosa,  
se halló dispuesto á la lucha  
á aquel maldito labriego  
que perseguían. Su furia  
fué terrible; con su espada  
abrió á tu padre la tumba.  
Mas no fué estéril su muerte,

que en las postreras angustias,  
derribó al vil y á él asido  
con los dientes y las uñas  
espiró sobre su cuerpo  
consiguiendo su captura,  
que sus gentes le apresaron  
poniendo fin á sus culpas.

GARCES. ¿Le mataron pues?

ABEL. Entonces

debió morir; mas por una  
flaqueza que no se explica,  
ó más, que esto se murmura,  
por ganar la recompensa  
que del Rey las leyes justas  
otorgan á los que prenden  
malhechores, á su augusta  
presencia le condujeron;  
la ley se cumplió sin duda,  
y en el infierno los males  
que hizo aquí por siempre purga. (Pausa.)  
Pero el tiempo pásala, y nada (Con inquietud.)  
cerca ni lejos se escucha  
y era el combate reñido.  
Esta tardanza no augura  
sino desastres.

GARCES. Anciano,  
no temáis: cuando se lucha  
con Rodolfo, la victoria  
dónde va, ni se pregunta.

ABEL. ¿Pensarás que el Rey Alfonso  
es blanda cera, y la turba  
de soldados que acaudilla  
espantajos ó figuras?  
¡Viven los cielos! Si vieras  
cómo se bate esa chusma,  
y cuánta es la bizarria  
y destreza del que acusa  
ser el caudillo, en la extraña  
vestimenta que se ajusta,  
mezcla como de montero  
y señor, alguna duda  
tuvieras en la victoria.

- GARCÉS. En eso no dudo nunca:  
¿va Rodolfo? donde él vaya  
la victoria es sólo suya.  
Pero escuchad. (Prestando atención.)
- ABEL. ¿Qué sucede?
- GARCÉS. ¡No lo dije! Que retumba  
en el camino el galope  
de caballos; que la lucha  
terminó y que ya regresan  
victoriosos.
- ABEL. (Mirando por la ventana.) Pues resulta  
que es el capitán Enríquez  
con doña Luz á la grupa.  
A esto quedan reducidas  
tus ilusiones.
- GARCÉS. En suma,  
que los otros vendrán luégo.
- ABEL. O no vendrán.
- GARCÉS. Me disgustan  
sólo por eso las canas:  
porque aquellos que las usan  
se tornan desconfiados  
y agoreros.
- ABEL. Más de una  
y más de cien veces vimos  
disipados como espuma  
nuestros sueños. Consecuencia:  
que ya no soñamos nunca.  
Retirémonos, que vienen  
(Por doña Luz y Enríquez.)  
hablando, y ella no gusta... (Vanso.)

## ESCENA X

### DOÑA LUZ y ENRIQUEZ

- LUZ. Callad. (Con disgusto.)
- ENRIQ. (Con pena.) Siempre os molesto.
- LUZ. Pues no me importunéis.
- ENRIQ. Siempre ese gesto  
esquivo de tal suerte

que acelera mi muerte,  
y desgarrar la herida  
que acaba con mis sueños y mi vida.

Luz. Os ruego que no habléis de esa manera  
por respeto siquiera.  
Casi de aquí se escucha  
el rumor incesante de la lucha  
en que mi padre se halla;  
y si puedo perderle en la batalla,  
no es bien que se distraigan mis dolores  
con enojosas pláticas de amores.

ENRIQ. ¡Para qué hacerme amar! Yo no pensaba  
en vos ni en otra alguna, y ya miraba  
lejanas las pasiones en que el fuerte  
encuentra vida ó proporciona muerte.  
Erais muy niña aún: entre las flores,  
que envidiaran sin duda esos colores,  
jugábais una tarde,  
haciendo airoso alarde  
ante vuestras alegres compañeras,  
en juegos y en carreras,  
de infantil alegría.  
Contemplándoos el ocio distraía  
sin ser visto ni oído,  
aunque no recatado ni escondido;  
y ya rendidas, por tomar aliento,  
hicisteis de la yerba blando asiento,  
y en grupo á mí cercano  
el reposo buscásteis en el llano.  
Pasados del cansancio los rigores,  
os pusisteis á hablar, ¿de qué? de amores;  
que aunque todas rapazas,  
prematureo cariño por las trazas,  
que eran señales ciertas,  
en el alma forzó las suaves puertas.

Luz. ¡Otra vez esa historia! (Con disgusto.)

ENRIQ. ¿Por qué no repetirla si es mi gloria?  
Allí vos explicásteis el tormento  
de extraño sentimiento.  
Que me amábais dijisteis,  
y con tal sensación me conmovisteis,  
que cual mozo aturdido,

matando de mis pasos el ruido,  
cobarde el pecho y el cerebro loco,  
abandoné aquel sitio poco á poco  
sin darme de ello cuenta.  
Quise huir de una dicha tan violenta;  
mas como ya en mí estaba,  
ni huyendo ni no huyendo la evitaba.  
En fin, ya muy distante,  
quise pensar en vuestra acción amante,  
y el pensamiento huía,  
quise gozar de toda mi alegría,  
y con tanáz empeño  
se me ofreció mi dicha como sueño.  
Sin poder disfrutar de mi cariño,  
hombre de hierro convertido en niño  
notando con espanto  
por mis toscas mejillas correr llanto,  
extremecido el pecho,  
presa mi vida, mi valor deshecho,  
ví, perdida la calma,  
que os amaba, señora, con el alma,  
no que os amaba, no, que dije poco:  
que era un esclavo, más; que estaba loco.

¿De qué os podéis quejar?

Luz.

ENRIQ.

¡Por vida mía!

¿Y es justo que en rigores  
se conviertan en mí vuestros errores?  
Hoy amáis á Rodolfo.

Luz.

(Con pasión.) Con el alma.

ENRIQ.

¡Oh! Callad, doña Luz, que ya sin calma  
con más esfuerzo brota  
el odio que en mi pecho no se agota.

Luz.

¿Qué me queréis decir? (Con recelo.)

ENRIQ.

¡Lo sé yo acaso?

Luz.

Ya vuelven. (Escuchando.) ¡Oh!

(Con alegría, corriendo hacia la ventana.)

ENRIQ.

(Con ironía.)

Precipitad el paso:

No os privéis del contento  
de verle victorioso. Ni un momento  
de alivio me otorguéis. Alma cobarde,  
(Aparte, por la suya.)  
haces de amor alarde;  
Rodolfo, tu cariño te arrebató,  
y esta mano mezquina no le mata.

## ESCENA XI

DICHOS, RODOLFO, ALFONSO X, DON AN-  
TONIO, EDGARDO y Bandidos maniatados, Caballeros  
y hombres de armas.

- ALF. Ni un momento mi justicia  
se retarde: esos bandidos,  
que en desprecio de las leyes  
asaltan en los caminos  
y hasta á su Rey se atrevieron,  
pierdan en justo castigo  
vista y manos, que al azote  
brote su sangre hilo á hilo,  
y que sirvan de escarmiento  
colgados como racimos  
á la puerta de la plaza.  
Esto, Rodolfo, ahora mismo.
- ROD. Señor, si de vuestro encono  
podéis el justo motivo  
dominar, en gracia al menos  
de haberme Dios permitido  
mandar á tiempo el socorro  
de mi persona y los míos,  
os suplico que mis bodas,  
cuyo suceso bendito  
es para mí, no se enluten  
con llantos en sus principios.  
Mazmorra el castillo tiene;  
con cadenas y con grillos  
allí quedarán seguros,  
y pasado el regocijo  
se cumplirá la sentencia.

- ALF. ¿Temes á agüeros malignos?
- ROD. No lo sé; pero parece  
que nunca han de andar unidos  
el dolor y la alegría.
- ALF. No cuadran con aquel brío  
tus temores infantiles;  
mas todos somos lo mismo:  
nos asustan las fantasmas,  
y afrontamos los peligros.  
Imperfección de la especie  
es esta. En ella advertimos  
que no Dios, sino el pecado  
de nuestros padres nos hizo.  
En fin, te debo quién sabe  
si la vida, y no resisto.  
Haz, pues, tu gusto.
- ANT. (Aparte por Rodolfo.) El tal mozo  
siempre rebelde. Un castillo (Alto, al Rey.)  
tengo, señor, á jornada  
y media de aquestos sitios.  
Gentes traje que custodien  
hasta allá á los foragidos;  
y así en mis tierras, mañana,  
sin turbar el regocijo  
de la boda, la sentencia  
puede cumplirse, que estimo  
(Con intención )  
que merece la justicia  
más atención que el capricho.  
Ya lo oísteis; disponéos  
(A uno de sus caballeros.)  
á ejecutarlo ahora mismo.
- ROD. Don Antonio de Moncada, (Con altivez.)  
aprender habéis debido  
de mis humildes excusas  
para el Rey, lo que conmigo  
por el deber se os impone,  
ya que no por el cariño.  
En vuestros bienes ejerzo  
jurisdicción, en los míos  
no la ejercéis, feudatario  
que sois en mi señorío;



y si os pareció prudente  
concertar ambos designios.  
(Por el del Rey y el suyo.)  
que era inútil, pues lo estaban  
como ya visteis, os digo  
que aun al concertar se hacía  
necesario mi permiso.

ANT. Hallándose el Rey presente,  
él dispone.

ROD. No es lo mismo  
que él disponga y que otro acuda  
á estorbar lo convenido.  
(Don Antonio va á hablar.)  
Y atendamos al respeto.  
(Por el Rey interrumpiendo á don Antonio.)  
Rey de Castilla, aunque escritos  
de vuestra mano me otorgan  
facultad de que el castigo  
en todo caso se dicte  
por mi en este señorío,  
si queréis hacer justicia,  
de ese derecho prescindo.  
Disponed á vuestro gusto  
de esos feroces bandidos  
y cumpliré la sentencia.

ALF. El Rey puede á su capricho (Con altivéz.)  
hacer cesión de mercedes  
y privilegios. Preciso  
es para que tal otorgue  
que ejerza en todo dominio  
como señor, y bien claro  
sin tener ni aun que decirlo,  
que no acepte como gracia  
ó merced el beneficio  
que fué tan suyo, que á otro  
lo dió porque él no lo quiso.  
Eres joven para el mando  
que ejerces. ¡Por Jesucristo! (Aparte.)  
Otro don Sancho tenemos.

ROD. Perdonad... (Con humildad, al Rey.)

ALF. (Aparte.) Si aquel mal hijo  
supiera que hay en Castilla

mozo tal, tan de su instinto,  
ya tratara de atraerle  
á la rebelión. ¡Qué altivo!

(Movimiento en Rodolfo como para disculparse  
ante el Rey.)

Ni una palabra. Ya dije

(Interrumpiendo á Rodolfo.)

que en gracia de aquel servicio,  
condescendía á tu gusto.

Retarda, pues, el castigo  
de esa gente; pero cuenta  
que á la postre hay que cumplirlo.

(Movimiento de rencor en Rodolfo hacia don An-  
tonio.)

LUZ. ¡Rodolfo! (Aparte á Rodolfo, calmándole.)

ROD. Nada me digas.

(Aparte á doña Luz.)

De él naciste.

LUZ. Te suplico...

ROD. ¡Que por él se me reproche! (Aparte.)  
¡Ira de Dios!

ENRIQ. (Aparte por Rodolfo.) Tuvo el tino  
de ofender al soberano.

ROD. Con cadenas y con grillos (A su gente.)  
aguarden su fin funesto  
en la cripta esos bandidos.

En un calabozo aparte  
poned al jefe: es maligno,  
y por tanto, peligroso.

(Vanse los Bandidos y Soldados que les custodian.)

## ESCENA XII

RODOLFO, ALFONSO X, DON ANTONIO, EN-  
RIQUEZ, DOÑA LUZ, DOÑA BEATRIZ, un Paje  
con luces y Caballeros y Soldados.

BEAT. Perdón, mi señor, os pido (Al Rey.)  
por mi tardanza; ignorante  
estaba de vuestro arribo.

ALF. Levantad.

- BEAT. (Levantándose.) Rogando al cielo  
que os salvara del peligro,  
no sentí vuestra llegada.
- ALF. A poco los regocijos  
en que á mezclarme venía,  
trueco en luto.
- ANT. El Rey invicto  
guardado está por el cielo  
para bien de sus dominios.
- BEAT. ¿Y venís sin daño alguno? (Al Rey.)
- ANT. Sin duda.
- ALF. Merced al brio  
de Rodolfo y de su gente.
- ANT. Teniendo como caudillo  
al noble Rey de Castilla,  
cobra esfuerzo el más mezquino;  
y sin que se desconozca  
ni menosprecie el auxilio,  
pienso yo que de faltarnos  
hubiera sido lo mismo.
- Luz. Sé, mi Rodolfo, prudente.  
(Aparte á Rodolfo.)
- ROD. A eso no pongo ni quito,  
(Por lo que ha dicho don Antonio.)  
que nunca entró en mis costumbres  
alardear de hechos míos,  
y ni busco recompensas  
ni á galardones aspiro.
- ANT. Si eso lo decís... (Con enojo.)
- ALF. (Imponténdose.) ¿Qué es esto?  
Ante el monarca sumisos  
se han de mostrar los vasallos,  
tengan ó no sus motivos  
de discordia. Y esto acabe  
de una vez, ó, ¡vive Cristo!...
- ANT. Si Rodolfo...
- ALF. Tú y Rodolfo  
faltásteis, mas lo concibo;  
¡qué han de hacer los servidores  
si se rebelan los hijos!  
Mientras con vosotros me halle...
- ANT. Yo os lo ofrezco, y perdón pido

- por la falta cometida.
- BEAT. Yo solicito lo mismo  
para Rodolfo. Fué falta  
de costumbre, que hoy se ha visto  
por vez primera en presencia  
de su rey.
- ALF. (A doña Beatriz por Rodolfo.) Es muy altivo.
- BEAT. Mas ya ha cerrado la noche, (Al Rey.)  
y el cansancio del camino  
reclama vuestro reposo.
- ALF. Decís bien; ya no resisto.  
No en balde los años pasan.  
Indicadme, pues...
- BEAT. (A don Antonio.) Lo mismo  
os digo á vos, don Antonio.  
Servid al rey, hijo mío, (Aparte á Rodolfo.)  
y sed prudente.
- ROD. (Aparte á doña Beatriz.) Lo ofrezco;  
mas no me agrada el oficio  
de cortesano.
- ALF. (Despidiéndose de doña Beatriz.) Señora...
- BEAT. Gozad de un sueño tranquilo,  
(Despidiéndose del Rey.)  
mi señor.
- ALF. Dios os escuche,  
que falta me hace.
- ROD. (Aparte á doña Luz.) Contigo  
quiero hablar cuando termine  
con el Rey. En este sitio.  
(Vanse Alfonso, Rodolfo, Soldados y Caballeros  
del Rey.)

### ESCENA XIII

DON ANTONIO, DOÑA BEATRIZ, DOÑA LUZ,  
y Caballeros y Soldados de don Antonio.

- BEAT. De doña Luz yo me encargo  
(A don Antonio.)  
Vos conocéis el camino.  
Id á descansar si os place.

- ANT. Con vuestra venia. (Despidiéndose.) Bien mío,  
(A doña Luz, aparte.)  
sólo porque es de tu gusto  
esta boda, me resigno  
á emparentar con tal mozo.
- LUZ. Le tratáis con tal desvío...  
(Aparte á don Antonio.)
- ANT. ¿Y no es justo? ¿Cuanto hereda,  
de quién es? Mas Dios lo quiso.  
(Se despide de su hija, y vase con sus Caballeros  
y Soldados.)

## ESCENA XIV

DOÑA BEATRIZ y DOÑA LUZ

- BEAT. Doña Luz, vuestro aposento  
es el camarín vecino  
á esta estancia, que es la mía.  
(Indicando la puerta de la izquierda )  
Están á vuestro servicio  
mis doncellas. Que el descanso  
os aproveche á Dios pido.
- LUZ. ¿Vos no os recogéis? (Con interés.)
- BEAT. Mis rezos  
he de terminar; mas miro  
por vos desde la capilla.
- LUZ. Adiós, señora. (Despidiéndose.)
- BEAT. (Aparte.) ¡Dios mío!  
Castigad en mí mis faltas,  
y haced feliz á mi hijo.  
(Entra en la capilla.)

## ESCENA XV

DOÑA LUZ, á poco RODOLFO

- LUZ. Rumor de pasos siento;  
Rodolfo es que regresa  
(Mirando por el foro.)

de acompañar al Rey á su aposento.

Grave disgusto expresa

(A Rodolfo que aparece.)

tu semblante ceñudo.

Rob. En vano por borrar lo que ha ocurrido  
á tu recuerdo virginal acudo.

Ni perdono ni olvido.

Luz. Sosiégate, mi bien. ¿Tan ruin, acaso,  
tienes el corazón, que de hombre viejo,  
ya de la muerte á un paso,  
reproche no perdonas ni consejo?

Rob. Que tu padre me agravie, lo perdono;  
mas no soy yo el objeto de su encono,  
sino Beatriz, Beatriz. Esto me irrita,  
y la razón me quita  
comprender que pretende  
dirigir cuanto agravia, cuanto ofende  
contra mi madre... Sí, que nada importa  
no ser de ella nacido;  
como hijo la he querido,  
como madre amantísima se porta.

Luz. ¿Y bien? Esta grandeza  
(Con acento de disculpa.)  
de que eres poseedor, según las leyes  
otorgadas de antiguo por cien reyes,  
pertenece á mi padre como dueño.

Rob. En ser de esto señor no tengo empeño.  
Pero pueblos, Estados ó naciones,  
cuando á su gusto su pujanza unieren,  
no son de tal ó cuál, son de quien quieren.  
¿Qué sostén este cambio necesita?

Luz. ¿Una ley del monarca? Ya está escrita.  
Después de cruda guerra,  
vencedora Beatriz, el Rey vencido.

Rob. Tal la razón ha sido  
que produjo en el mundo los Estados  
por todos respetados.  
Y aunque en el tiempo su costumbre tuerza  
la humana sociedad, y esto deseehe,  
ley que sólo á los pueblos aproveche,  
no se hará por virtud, se hará por fuerza.  
Mas demos al olvido

cuestión tan enojosa. Aquí he venido  
por calmar una pena con que luchó.  
De tí solo depende.

Luz. Ya te escucho

Rod. Enriquez te persigue.  
¿Por qué de ello hace alarde?  
Sabe que en riesgo te hallas,  
y dominando al corazón cobarde,  
pues cobarde ha nacido,  
se lanza á las batallas,  
no fiero, embravecido,  
á herir al adversario:  
débil huyendo el golpe del contrario,  
te salva por sorpresa,  
y usando el hierro que al bridón advierte,  
no el que lanza la muerte,  
huye lobo rastrero con su presa.  
¿Le amaste acaso tú?

Luz. (Con sinceridad.) Jamás, Rodolfo.

Rod. Piensa lo que respondes:  
(Con arrebató creciente.)  
sí la verdad escondes  
y alguna vez el tiempo la declara,  
cesara mi cariño, y te tratara  
con tirano rigor. Tenlo entendido;  
la que mi esposa sea  
ni soñando ha de haber entretenido  
con otro hombre su idea.

Luz. Te juro...

Rod. (Serénándose.) Será así. Torpe me ofendo  
sin causa ni razón.

Luz. Eres injusto.

Rod. Mi injusticia comprendo.  
Perdóname, mi bien.

Luz. (Con dulzura.) Perdono á gusto;  
pero no más.

Rod. Te quiero de tal modo,  
que al pensar en tu amor la mente empieza  
por corregir la ruín naturaleza,  
que facultó á los seres  
para elegir cariño á su deseo.  
Júzgame yo tan tuyo, que hasta creo

que al venir á la tierra fué mi sino  
hallarte pronto ó tarde en mi camino;  
sentir entonces por la vez primera,  
mas para siempre ya; de tal manera  
que si rota la suerte  
del sino con tu muerte  
nunca á verte llegara,  
por ninguna sintiera, á nadie amara.  
Así debiera ser el fundamento  
natural del amor; sin albedrío;  
de este modo estuviera yo contento:  
mi sino tuyo, tu destino mío.

Luz. Yo no sé si el destino á ti me lleva;  
mas sé que te amo así.

Rod. (Escuchando.) Siento ruido.

Luz. Si me hallaran aquí, fuera mancilla.  
(Con temor.)

Rod. En la capilla ha sido.

Luz. Es Beatriz que saldrá de la capilla.  
Adiós, Rodolfo, cesen tus temores  
y confía en mi amor.

Rod. Hasta mañana.

Luz. Espero á la ventana  
el nuevo sol que anuncia mis amores.  
(Vanse.)

## ESCENA XVI

EDGARDO

Saltó en pedazos el hierro,  
y libre vaga la fiera  
por la torre. Vamos fuera.  
¿Mas por dónde? (Con indecisión.)

Del encierro  
se me ha agrandado el recinto;  
pero encierro al fin y al cabo,  
aquí me retiene esclavo.  
Siento el rumor bien distinto  
(Escuchando con recelo.)  
de alguien que se acerca. ¿A ver?  
(Observando desde un ángulo del foro.)



## ESCENA XVII

EDGARDO y DOÑA BEATRÍZ

- BEAT. Pienso que dulce consuelo  
prestó a mis penas el cielo.
- EDG. No hay cuidado: una mujer.  
(Aparte, tranquilizándose.)  
¡Beatriz!  
(Alto con mucha alegría y sorpresa al reconocerla.)
- BEAT. ¿Quién me nombra?
- EDG. (Presentándose.) Yo.
- BEAT. ¿Y tú quién eres? (sin conocerle.)
- EDG. Repara  
si no se borró mi cara  
de tu memoria.
- BEAT. (Reconociéndole con espanto.) ¿Qué? ¡no!  
¡Edgardo! ¡Tú!
- EDG. Menos fuerte,  
ó has de perderme.
- BEAT. ¿Estoy loca,  
ó qué conjuro te evoca  
en el antro de la muerte?
- EDG. Sosiégate: nada extraño  
ocurre; ya ves que vivo.  
No temas de tu cautivo: (Con dulzura.)  
nunca te pudo hacer daño.
- BEAT. Calla. (Retirándose de él.)
- EDG. (Con sorpresa.) ¿Tu enojo despierto?  
¡Ira de Dios! Importuna  
(Comprendiendo que ella le rechaza.)  
á doña Beatriz de Luna  
saber que vivo, ¿no es cierto?  
Ve cuán distinto es en mí  
el sentimiento: culpable,  
esta vida miserable  
la arrastro sólo por tí.  
Quince años entre cadenas,  
sin luz, sin vida bastante,  
cinco años más que ando errante  
entre martirios y penas;

buscando oculto sendero,  
rechazado del camino,  
deparándome el destino  
la suerte del bandolero.

(Movimiento de espanto en doña Beatriz.)

¿Te aterras? ¿Piensas quizás  
que no existe más quebranto?  
Pues verte y causarte espanto

(Con mucho sentimiento.)

me parece mucho más.

BEAT. ¿Cómo aquí te hallas?

(Con mucha intranquilidad.)

EDG. En lucha

vencidos por tus guerreros,  
yo y los míos prisioneros  
caímos. Mi fuerza es mucha,  
ya lo sabes, las cadenas  
pude romper, y la escasa  
abertura por do pasa  
un rayo de luz apenas,  
á mi cuerpo de reptil  
prestó suficiente acceso.

Aunque más libre, estoy preso;  
sentenciado á muerte vil  
seré pronto, y la fortuna,  
siempre enemiga, consiente  
que me agarrote la gente  
de doña Beatriz de Luna.

BEAT. Eso no es posible. (Con espanto.)

## ESCENA XVIII

DICHOS y ENRIQUEZ, al paño.

ENRIQ. Aquí...

(Aparte, al ver á Edgardo.)

Y estoy solo.

BEAT. (A Edgardo.) Ven conmigo.  
Fuera inhumano el castigo.

No puedes morir así.

ENRIQ. (Ap.) ¿Qué dice?

BEAT. Salvarte quiero.

Tú no sabes... (Horrorizándose de una idea.)

ENRIQ. ¿Estoy loco?

EDG. Ya el morir me importa poco. (A Beatriz.)

Has de escucharme primero.

BEAT. ¡Oh, no! tiempo no perdamos.

EDG. Tanto en la vida he perdido,  
que perdí cuanto he vivido.

Oye: juntos nos hallamos

por el acaso otra vez;

tú bien sabes que te adoro;

que no anhelo más tesoro,

ni más gloria, ni más prez

dentro de mí sino alusto,

que tu amor y tu recuerdo;

tanto, que por ellos pierdo

hasta los cielos con gusto.

BEAT. No me hables de eso. (Con espanto.)

ENRIQ. (Aparte.) ¿Es soñar,

ó ilusión, ó desvarío?

EDG. Escúchame, dueño mío. (Con mucho amor.)

BEAT. ¡Calla, por Dios! (Aterrada.)

EDG. A juzgar

por esta resolución

de salvarme, tú aún me quieres.

Si los más grandes placeres,

el colmo de la ambición,

cuanto posees en el día,

y más aún que te ofrecieran,

en otros tiempos hubieran

interpuesto su valía

para apartar de tí todo

tu amor, y darme al olvido,

tú me hubieras preferido.

¿Me quieres aún de ese modo?

BEAT. ¡Oh, déjame!

EDG. Si es así,

prisiones, deshonra, muerte,

estos veinte años sin verte,

toda esta vida sin tí,

ser en el mundo la hez

de lo humano, doy todo esto

por bien pasado, y me presto  
hasta á pasarlo otra vez.  
Pero tiempo es de que acaben  
mis sufrimientos: si dura  
tu pasión ó tu locura,  
huirás conmigo. No caben  
en el mundo dos pasiones  
que atropellaron por todo  
sin unirse de este modo.  
Rompanos, pues, las prisiones,  
que tú también estás presa  
con prisión bien inclemente:  
preso lo que aspira y siente,  
lo que abraza, lo que besa.

BEAT. ¡Oh! desvarías. (Rechazándolo.)

EDG. (Con sorpresa y amargura.) ¡Resiste!

BEAT. Quiero salvarte

EDG. ¿Salvarme

y acabas de condenarme?

¿Tú olvidas que el sino triste  
que es rémora de mi suerte,  
y que resignado llevo  
á ti solo te lo debo?

Si á tu esposo di la muerte,  
por ti fué.

BEAT. (Con horror.) ¡Calla, por Dios!

EDG. Acudí á tu llamamiento  
sin vacilar.

BEAT. ¡Qué tormento!

¡Por piedad!

ENRIQ. (Aparte.) ¡Fueron los dos!

EDG. Entonces, entonces era  
muy justo á tu parecer  
que yo dejara de ser  
hombre y me trocase en fiera.  
¡Qué horror si en aquel instante  
(Con ironía.)

te abandono! Y es probado  
que me hubieras despreciado  
por no amarte lo bastante.

¿Qué menos por el amor  
hace un hombre? Dar la vida;

ir de guarida en guarida  
como asesino traidor;  
sufrir cárcel vergonzosa;  
dar el alma á Belcebú;  
perderlo todo; mas tú,  
tú, Beatriz, es otra cosa.  
Dama de tanta valía,  
se hizo á su antojo servir;  
pero ¿cómo puede unir  
su existencia con la mía?  
Bueno fuera. Satisfizo  
su gusto; pero ahí es nada  
lo de quedar obligada  
al criminal que ella hizo.  
Perderlo todo quizás:  
cierto que él cuanto tenía  
por complacerla perdía;  
pero ella perdiera más.

BEAT.

EDG.

¡Señor! (Con angustia.)  
Me asiste el derecho  
de preguntarte: ¿en razón  
crees que por el galardón  
que me das lo hubiera hecho?  
Te consta cual te constaba,  
sin vacilación ni duda,  
que si así te presté ayuda  
fué sólo porque te amaba.  
Un ajuste conviniste,  
pues, y de gran importancia:  
tu cariño y tu constancia  
por esta existencia triste.  
Libre del riesgo estás ya;  
fué oportuno mi servicio;  
queda en pié mi sacrificio,  
¿y la paga dónde está?

ENRIQ.

BEAT.

¿Ya qué aguardo? (Aparte.)  
A Dios imploro  
que me perdone y te asista.  
Fija en Él siempre la vista,  
tu culpa y la mía lloro.  
Deja tranquila mi alma,  
perdona el daño causado

- y olvidate del pasado.
- EDG. Ambos buscamos la calma  
en lo infinito, en lo eterno;  
pero de distinto modo:  
tú lo esperas de Dios todo;  
yo, maldito, del infierno.  
El cielo, pues, no consiente,  
siempre opuesto á mi fortuna,  
que ni aun la muerte nos una.
- ENRIQ. ¡A mí, Rodolfo! ¡Aquí gente!  
(Alto, llamando.)
- BEAT. ¿Qué es esto? (Con espanto.)
- ENRIQ. (Cortando el paso á Edgardo.)  
Si un paso das,  
hallas la muerte en mi acero.
- EDG. Sosiegue el buen caballero;  
(Con abatimiento.)  
el hierro estaba de más.  
Dóime ya como vencido;  
de mí á gusto disponéis;  
por mucho que me quitéis  
(Con amargura.)  
no será más que he perdido.
- BEAT. ¡Cielos! ¡Si acaso escuchó! (Aparte.)

## ESCENA XIX

DICHOS Y RODOLFO

- ROD. ¿Qué ocurre?
- ENRIQ. Que este malvado  
la vigilancia ha burlado.  
(Llevándose á Edgardo.)
- ROD. Y madre, ¿os amenazó?
- BEAT. No sé. (Aturdida.)
- ROD. ¡En vuestros ojos llanto!  
Inquieta la faz se advierte.  
¡Oh! Pagaré con la muerte,  
os lo juro, ese quebranto.  
Desbórdase en mí la hiel  
viendoos así, madre mía.

Morirá al rayar el día.

BEAT. ¡Ah! no; no seas cruel. (Con espanto.)

Tu sentimiento iracundo  
acaso algún día llores.

Perdona á los pecadores:

(Abrazando á Rodolfo.)

todos pecan en el mundo.

FIN DEL ACTO PRIMERO





---

## ACTO SEGUNDO

---

La misma decoración del acto primero.

### ESCENA PRIMERA

ENRIQUEZ y ABEL

ABEL. Capitán, por orden vuestra  
hace muy poco avisóme  
un hombre de don Antonio.  
Aquí me tenéis.

ENRIQ. Pues oye:  
ó más bien, dime primero.  
Há poco vi en ese bosque,  
(Indicando por la ventana.)  
destacándose en lo oscuro  
á la luz de unos hachones,  
gentes de armas que partían  
como de aquí.

ABEL. Desde el toque  
que dieron de marcha estuve  
en los altos miradores. (Por los del castillo.)

ENRIQ. Ví luz tras ellos; la sombra  
destacándose de un hombre,  
é imaginé que tú eras.

ABEL. Pues acertásteis.

- ENRIQ.                               ¿Y adónde  
esa gente caminaba?  
¿Tú lo sabes?
- ABEL.                               Se conoce  
que habéis olvidado un uso  
de este feudo: los varones  
que en él casan, sobre todo  
si los tales son señores,  
antes de rayar el día  
de su boda, van al monte  
en son de caza, y la presa  
de más mérito, se pone  
como manjar preferente  
en el festín de la noche.
- ENRIQ.                               ¿Luego Rodolfo?...
- ABEL.                               No quiso  
que el uso de sus mayores ..  
digo, de los que él hereda,  
se perdiese.
- ENRIQ.                               Pues entonces  
tardará en llegar.
- ABEL.                               Supongo,  
aunque él es diestro y el monte  
no está distante.
- ENRIQ.                               Me alegra  
su partida. De los nobles  
que á las fiestas acudieron  
de la boda, los mejores  
se hospedan en el castillo;  
otros en habitaciones  
vecinas.
- ABEL.                               La fortaleza  
no tiene, con ser enorme,  
comodidad para tantos.
- ENRIQ.                               Mientras los más esta noche  
al reposo se entregaban,  
han ocurrido en la torre  
sucesos, que he sorprendido  
por acaso, y fuera torpe  
el ocultar. Don Antonio,  
que perdió hacienda y honores  
contra justicia, pudiera

recuperarlos de un golpe  
Tú eres antiguo en la casa;  
á mi buen tío, favores  
debes que nunca se olvidan  
por quien sustenta blasones.  
¿Quieres ayudarme?

ABEL. ¡Claro!  
En cuanto me deis informes  
de lo que sucede.

ENRIQ. (Con acento persuasivo.) Eso  
no es posible.

ABEL. Soy muy torpe  
y no comprendo el motivo...

ENRIQ. Para que mejor se logre  
el objeto, has de servirme  
sin que ni tú ni los nobles  
cuyo apoyo necesito,  
sepáis otros pormenores  
hasta que llegue un momento  
que has de preparar.

ABEL. (Contrariado.) Razones  
para eso tendréis; mas digo  
que esto de que yo os apoye  
sin que del caso me entere,  
aunque se encubra ó se dore,  
parece desconfianza.

ENRIQ. ¡Ah! no; mas diz que en los bosques  
huye el león de la gente  
que le busca, si supone  
que aún no fué visto. La afrenta  
no es afrenta si se esconde  
sólo en aquel que la sufre.  
Aquí tienes las razones  
del secreto: si el suceso  
aisladamente conocen  
los agraviados, pudieran  
sin temor á infame mote,  
eludir el compromiso.  
Público, y no por rumores,  
el hecho, sino en solemnes  
circunstancias, ya se impone  
la decisión. Esto busco,

y nada digo hasta entonces.

ABEL. Sentiría que un suceso, (Con indecisión.)  
que, según decís, favores  
produjera á don Antonio,  
por mí fracasara.

ENRIQ. Ponte,  
pues, en razón, y resuelve.

ABEL. ¿Qué he de hacer?

ENRIQ. Con los señores  
que á las bodas acudieron,  
avistarte. Sin que en nombre  
de nadie vayas, decirles  
que se sabe que los nobles,  
en el salón del castillo...  
este en que estamos, disponen  
una reunión, á presencia  
del Rey, para asuntos de orden  
del señorio, que entrañan  
interesantes cuestiones,  
y que por si les conviene  
acudir, la voz que corre  
haces que llegue hasta todos.  
Nada más.

ABEL. Pues no supone  
riesgo alguno, ni aun trabajo.

ENRIQ. Ya lo ves. ¿Tienes temores?

ABEL. Ninguno.

ENRIQ. ¿Te encargas de ello?

ABEL. Ahora mismo. Pero informes  
necesito de la hora  
de la reunión.

ENRIQ. Cuando albore.

ABEL. ¿Nada más pedís?

ENRIQ. Que el cielo  
haga que mi plan se logre.

ABEL. Así lo hará si es justicia.

Hasta pronto. (Despidiéndose.)

ENRIQ. Adiós, y corre. (Vase Abel.)

## ESCENA II

ENRIQUEZ

Qué inquietud. No la he sentido nunca tal. ¡Bahl! No hay razones para temer. Si prudente hago que el Rey y los nobles se enteren de lo ocurrido, y además todos conocen que se hallan todos del hecho enterados, huir un choque negligentes ó cobardes fuera indigno de su nombre. Luz, al fin, será mi esposa. Mas, ¿quién llega? Pasos se oyen.

(Escuchando.)

Garcés, me parece. (Mirando por el foro.)

Un niño ..

(Reflexionando.)

Que no sepa... no malogre nuestro plan. Pero conviene conocer si está conforme con la suerte de Rodolfo. La envidia en los mozos roe, y quien sabe si es el alma de este combate. Aunque joven tiene prestigio en la gente, y sin duda para un golpe pudiera servirnos.

## ESCENA III

ENRIQUEZ y GARCÉS

GARCÉS. ¡Hola, capitán! ¿Con los albores del día nos levantamos?

ENRIQ. No dormí en toda la noche.

GARCÉS. Ni yo tampoco. Mi estancia

bajo estas habitaciones  
viene á dar, y tal retumba  
la bóveda al menor choque,  
y tan continuos los pasos  
fueron sobre ella, que dióme  
por pensar en si ocurría  
algo de extraño, y llevóse  
el diablo el sueño.

ENRIQ.

Perdona

que yo velando, conforme  
á mis deberes, produje  
con mis pasos los rumores.  
Encargueme por mi cuenta  
de ser guardián de la torre,  
y coloqueme á esta parte  
(Por la de la izquierda del foro )  
que ya sabes corresponde  
por esa angosta escalera  
(Indicando la puerta de la izquierda del arco.)  
á la prisión de ese hombre;  
del jefe de los bandidos  
apresados.

GARCES.

Bravo porte

tiene el tal.

ENRIQ.

Es peligroso;

el Rey quiere que le ahorquen,  
y como Rodolfo mira  
con más calma estas cuestiones,  
y al Rey es justo se agrade,  
hubiera sido de torpes  
confiar á la custodia  
ordinaria las prisiones.

GARCES. No hay miedo de que se escape.

ENRIQ.

Lo que es ya el asunto corre  
de mi cuenta. ¿Y qué imaginas  
(Con intención.)  
de haberse negado anoche  
el batallador Rodolfo (Con afectación.)  
á castigar á esos hombres? (Por los Bandidos.)

GARCES.

No me extrañó; siempre ha sido  
lo mismo. Ante las legiones  
que ha de combatir, parece

fiera irritada, y al choque  
de cien rayos se asemeja  
su embestida; allá se rompen,  
por do él entra, del contrario  
los más fuertes escuadrones;  
pero si al cabo vencido  
y desarmado, le ponen  
á su contrario delante,  
no haya miedo de que tome  
venganza cruel; se torna  
en rapáz medroso entonces,  
y más que á dar escarmiento  
á perdonar se dispone.

ENRIQ. Es oficio muy difícil  
el de señor; los más nobles  
en él se estrellan. Rodolfo,  
humilde nació; sin nombre,  
y aun con valer tanto tiene  
en su sangre de su innoble  
origen, muy á menudo  
fatales indicaciones.

GARCES. ¡Capitán! (Protestando.)

ENRIQ. Lo que te digo  
lo dicen, aunque te enoje,  
todas las gentes del feudo;  
los que en el feudo suponen  
algo. Se murmura, y puede  
dañarle lo que se corre.  
¿Tú no sabes que en un reino  
vecino existen señores,  
que mal con el ocio buscan  
satisfacer sus pasiones  
guerreras, dando batidas  
por senderos y por bosques  
al caminante indefenso?  
Cuadrillas de salteadores  
son sus gentes; sus victorias  
se traducen en montones  
de riquezas por rescates  
que exigen, ó lo que cogen  
al infeliz pasajero  
que acometen. Lo que oyes

es lo que, acaso, se dice  
de Rodolfo.

GARCÉS. (Con indignación.) Necias voces.

ENRIQ. Quizás lo son; pero cuenta  
que son muchas, que las torpes  
apariencias comprometen,  
y que las suposiciones  
aumentaron con negarse  
ayer Rodolfo á dar orden  
de ejecución inmediata  
para esos viles ladrones.  
Está por él, es inútil; (Aparte por G. recs.)  
pero la calumnia corre  
y algo pudiera ayudarnos.

GARCÉS. ¿Conque jefe le suponen  
de bandidos?

ENRIQ. Eso dicen.

Yo no lo creo.

GARCÉS. Pues noten  
los que murmuran, desprecio  
ó amenaza en los que oyen,  
y cesarán en su empresa;  
pero esas murmuraciones (Con intención)  
halagan ciertos oídos,  
y crecen y se hacen montes,  
hasta que llegan á alguno  
que de ellas no gusta: entonces  
ya se acabaron los cuentos;  
y yo os juro por mi nombre,  
que antes de mucho Rodolfo  
sabrà...

ENRIQ. (Con indiferencia) ¿Y eso qué supone?  
Dilo en buen hora.

GARCÉS. Al momento  
que él llegue.

ENRIQ. Pues en paz goces  
lo que te valga el servicio.

GARCÉS. No soy como ciertos hombres  
(Con intención.)  
que al pensar en hacer algo  
piensa en la paga. ¿Conque,  
me entendisteis?



ENRIQ. ¡Viva el cielo!  
GARGES. ¡Ira de Dios! (Amenazándole.)  
BEAT. (Apareciendo por la puerta de la izquierda.)  
¿Qué desorden  
es este?  
GARGES. (Disculpándose.) Yo, mi señora...  
BEAT. Idos los dos.  
GARGES. (Mirando á Enríquez con amenaza.)  
¡Por mi nombre! (Vaso.)

## ESCENA IV

DOÑA BEATRÍZ y ENRÍQUEZ

ENRIQ. ¿A qué vendrá? (Observándola desde el foro.)  
BEAT. (Creyendo que Enríquez se ha marchado.)  
Si pudiera...  
La guardia es mía: sin duda (Con esperanza.)  
por la mina con su ayuda  
Edgardo se hallará fuera.  
¡Qué vacilo!  
(Dirigiéndose á la puerta de la izquierda del arco.)  
ENRIQ. (Adelantando hacia ella.)  
Mi señora...  
BERT. ¡Oh! ¿Quién es? (Con sobresalto.)  
ENRIQ. (Con respeto.) Señora, yo.  
¿Mi presencia os asustó?  
Perdonad.  
BEAT. (Tranquilizándose.)  
Me hallaba ahora  
de estar sola en la creencia;  
y como me habéis hablado  
sí que me he sobresaltado.  
ENRIQ. Perdonad mi inadvertencia.  
BEAT. Dije que sola quería  
(Indicándole que se retire.)  
estar.  
ENRIQ. (Resistiéndose con respeto.)  
Señora...  
BEAT. (Sin entender que Enríquez se resiste.)  
Salid.

ENRIQ. ¿Queréis que salga? Advertid  
que aunque mi gusto sería  
serviros, es á mi ver  
imposible la obediencia  
á vuestra orden, si á conciencia  
he de cumplir mi deber;  
que Rodolfo me ha ordenado  
con mandato bien expreso,  
que me encargue de ese preso.

BEAT. ¿Rodolfo os ha confiado?..  
(Con extrañeza.)

ENRIQ. Lo que os dije me ordenó.

BEAT. ¿Y bien; qué es lo que teméis?  
(Con impaciencia.)

Yo os digo que os retiréis.  
Rodolfo á cuanto haga yo  
ha de dar su asentimiento.  
Salid, pues.

ENRIQ. (Aparte.) Quiere salvarle.  
Pienso que habéis de enojarle..  
(Alto por Rodolfo.)

perdonad mi atrevimiento,  
si os obstináis en hacerm.e  
salir. Sabéis que ocasión  
tuvo el astuto ladrón  
para escapar, y á no haberme  
hallado, señora, aquí,  
se librara de su suerte,  
acaso dándoos la muerte.  
A Rodolfo me ofreci  
en vista de esta osadía;  
su aceptación alcancé;  
á la gente relevé  
y encargué á mi compañía  
la guardia del prisionero.

BEAT. ¿Variásteis la guardia vos? (Con disgusto.)

ENRIQ. Sí señora.

BEAT. (Aparte, contrariada.) ¡Santo Dios!  
Ya es más difícil.

ENRIQ. Y espero  
que guardado por mi gente,  
no ha de escapar, que á Dios juro

que esté en su cárcel seguro.  
Quiere salvarle; es corriente, (Aparte.)  
mas me opondré aun con rigor  
si persiste de ese modo

BEAT. Atropelemos por todo. (Aparte.)  
¿á qué este extraño temor?  
Capitán, dejar podéis (Alto con resolución.)  
la guardia, es mi voluntad.  
La responsabilidad  
yo la acepto. ¿No entendéis?  
(Al ver que no obedece.)  
Salid de aquí.

ENRIQ. Es muy estrecho  
el deber, y él me socorre:  
el Alcáide de la torre  
tan sólo tiene derecho,  
estando Rodolfo ausente,  
y á él sujeto mis acciones,  
á librar de obligaciones  
y á disponer de la gente.

BEAT. Pues basta ya; si él decide...  
(Con resolución.)

ENRIQ. A mis deberes me atengo.

BEAT. Está bien; con la orden vengo  
que vuestro respeto pide. (Va á salir.)

ENRIQ. Medita!... (Deteniéndola.)

BEAT. (Con imperio.) Abridme paso.

ENRIQ. Es que os conviene saber,  
que esa orden pudiera ser  
inútil en este caso.

Hay que impedirlo ante todo. (Aparte.)

BEAT. ¿Tampoco acatáis la ley? (Con sorpresa.)

ENRIQ. Ese bandido es del Rey. (Por Edgardo.)

BEAT. ¿Y bien? ¿Qué?

(Aparentando que no entiende.)

ENRIQ. Que de tal modo  
descubris vuestra intención  
cuando así me releváis,  
que parece que intentáis  
librarle de la prisión.

BEAT. ¿Eso pensáis? (Aparentando tranquilidad.)

ENRIQ. Eso, sí.

BEAT. Estáis loco. (Va á salir.)  
ENRIQ. (Oponiéndose.) ¡Por Dios vivo!  
Ved que contaré el motivo  
porque me apartáis de aquí.

BEAT. Calumnia se juzgará,  
(Aparentando tranquilidad.)  
como lo es.

ENRIQ. Pues así y todo  
lo contaré de ese modo.  
Y aunque nadie me creerá,  
si tratándose de vos  
refiero que en esta estancia,  
por extraña circunstancia  
anoche os hallé á los dos  
(Por ella y Edgardo.)  
tratando de cierta historia,  
que por ser interesante  
quedó desde aquel instante  
para siempre en mi memoria...

BEAT. ¿Cómo? ¿Qué? (Con espanto.)

ENRIQ. Ni si refiero  
vuestras locas pretensiones  
de deshacer las prisiones  
que afligen al bandolero,  
y esto bien claro se advierte,  
pues mi custodia os fatiga,  
si me creerán cuando diga  
que el esposo, cuya muerte  
lloráis con tanta amargura (Con ironía.)  
vistiendo constante luto,  
pagó á la tierra el tributo  
merced á la mano dura  
de ese bárbaro asesino, (Por Edgardo.)  
que del Rey pudo librarse.

BEAT. ¡Oh, Dios! (Aterrada.)

ENRIQ. No puede tomarse  
por ficción ó desatino.  
Esto es verdad, verdad rara,  
que puede hacerse patente,  
porque entre la antigua gente  
hay quien recuerda su cara.  
Y piense bien mi señora,

que ya lo piensa sin duda,  
lo que esto su suerte muda  
(Por la de Elgardo )  
si se descubriese ahora.  
Ni Rodolfo de esa suerte  
pensara ante la evidencia,  
en retardar su sentencia:  
será inmediata su muerte.  
¡Y esta dicha interrumpida  
por esa escena tan triste!  
Él, por vuestro bien, existe,  
y un hora de vida es vida.

BEAT. ¡Dios mío! (Suplicante.)

ENRIQ. Ya eso es razón.

Ya suplicáis.

BEAT. ¿Qué queréis  
por callar?

ENRIQ. Que me dejéis  
cumplir con mi obligación.  
Que os retiréis en seguida  
sin replicar.

BEAT. (Con sumisión.) Voy ahora;  
pero juradme...

ENRIQ. (Negándose.) Señora...

BEAT. No hay remedio: estoy perdida.  
(Aparte. Vase.)

## ESCENA V

ENRIQUEZ y DON ANTONIO

ANT. ¡Hola! ¿Entretienes el ocio,  
¡vive Dios! con esa hembra,  
(Por doña Beatriz )  
á quien los cielos confundan?

ENRIQ. Amén, y que yo lo vea.

ANT. Me irrita...

ENRIQ. ¿Y que tal la noche  
pasásteis?

ANT. Hecho una fiera.  
Cada vez que á ese hombre veo,

(Por Redolfo.)

reniego de... Me desprecia,  
me sonroja. Ante el monarca  
quiso humillarme. Por fuerza  
delitos de mis mayores  
vine á pagar á esta tierra.

ENRIQ. Y que los pagáis bien caros.

Pero vos tenéis paciencia,

(Con acento de burla.)

y lo soportáis con calma.

ANT. A un lado memorias deja, (Con disgusto.)

que en el alma mortifican.

ENRIQ. Pues tenemos que hablar de ellas.

ANT. No sé á qué.

ENRIQ. Decidme os ruego:

si á doña Luz os pidiera  
para esposa, y por su mano  
os entregara la hacienda,  
que por desgracia perdisteis,  
¿se me otorgara?

ANT. (Con sorpresa.) ¿Es que sueñas?

ENRIQ. Pronto lo veréis. Ya poco  
falta para que se sepa  
si estos son sueños. Reunidos  
aquí los nobles que cuenta  
en su recinto la villa,  
oirán de mí cosas nuevas  
é inesperadas que ocurren.  
Entonces...

ANT. (Aturdido.) Que yo te entienda,  
ó juraré que estás loco.

ENRIQ. Si lo estoy no hay gente cuerda.

¿Cuento con lo que demando?

Porque el momento se acerca  
de que os enteréis de todo,  
que ya los señores llegan.

Miradlos (Indicándole que se asome.)

ANT. (Mirando por la ventana.) ¿Pero es que sueño?

ENRIQ. Decid al Rey que interesa  
que á una reunión que los nobles  
en este sitio celebran,  
él asista.

- ANT. (Atardido.) Es que no acierto  
ni á pensar...
- ENRIQ. (Por los nobles que aparecen al foro.)  
Ved que ya entran.
- ANT. Si no te engañas y logro  
con tu auxilio mis haciendas,  
mi palabra desde ahora  
te empeño: con mi Luz cuenta.

## ESCENA VI

ENRIQUEZ, ABEL, DON ANTONIO y CABALLEROS

- ANT. El Rey viene. (Viendo que se acerca.)
- ENRIQ. Pues os libra  
de un trabajo y tiempo abrevia.
- ABEL. Vuestro encargo está cumplido  
como veis. (Indicando á los Caballeros.)
- ENRIQ. Y con presteza  
que te alabo.
- ABEL. Aunque soy viejo  
sirvo aún.
- ENRIQ. Pues ahora observa  
por si llegara Ro tolfo  
ó Garcés, ó alguien que pueda  
estorbarnos; tú me entiendes.
- ABEL. Pondré como centinelas  
de toda mi confianza,  
y vuelvo que ya el Rey llega.  
(Vase y vuelve á poco.)

## ESCENA VII

DICHOS y DON ALFONSO X

- ALF. ¿Cómo la gente reunida?
- ENRIQ. Una cuestión que interesa.
- ANT. Yo iba á llamaros. (Al Rey.)
- ALF. Si hay prisa  
y esperábais mi venida  
para tratar del asunto,

- ya por mí no se dilata.  
ENRIQ. De hacer justicia se trata.  
ALF. Explica punto por punto  
el por qué se ha de exigir;  
que en todo caso, á mi ver,  
lo primero es conocer  
y lo postrero pedir.  
ENRIQ. El suceso es muy extraño,  
peligroso.  
ALF. Si es de ley, (Con entereza.)  
justicia tendrás del Rey,  
nos venga ó no venga daño;  
y ¡ay del que llegue á intentarlo!...  
ENRIQ. Lo que ocurre quizás sea  
tan grave que no se crea.  
ALF. ¿A quién tienes que acusar,  
(Con impaciencia.)  
ó qué vienes á decir,  
que te preparas de sobra?  
ENRIQ. Exígelo así la obra. (Disculpándose.)  
ALF. Pues si la has de concluir,  
abrevia, que no me avergo  
con tan raras dilaciones.  
¿Contra quién van tus razones?  
ENRIQ. Pues contra Rodolfo vengo.  
ALF. ¡Vaya por Dios! Tanto hablar  
para cosa tan sencilla.  
Dicen que el Rey de Castilla  
tiene el don de adivinar  
cuanto pueden dar de sí  
los hombres: tu temor cese,  
y habla de una vez, que á ese  
le conozco más que á mí.  
Hablé con él sólo un día,  
el de ayer; pero me basta  
para conocer la casta,  
pues cuando hablaba, creía  
los acentos escuchar  
del hijo que me dió el cielo  
para eterno desconsuelo.  
¡Vive Dios! ¡Qué blasonar  
de orgullo! Ya estaba harto.



Aseguro sin rebozo  
que mi Sancho y ese mozo  
parecen del mismo parto.  
¿Qué demonio te tentó (A don Antonio,  
para elegirle por yerno?

ANT. Puso en mi Luz el infierno  
amor tal...

ALF. Ríome yo  
de pasiones, si obediencia  
hay á los padres. ¿Qué cosa  
es hija voluntariosa  
cuando aún no tiene conciencia  
de si su gusto es razón?  
No tienen los hijos buenos...  
no deben tener al menos  
ni voluntad ni opinión.  
Pero á nuestro asunto vamos,  
(Indicando á Enríquez que continúa.)  
que al parecer interesa.  
Habla, pues.

ENRIQ. Aunque me pesa  
decirlo, los que aquí estamos  
no podemos consentir,  
sin mengua de la hidalguía,  
que rija el fundo ni un día  
quien no lo debe regir.

ALF. ¿Por qué no debe? ¿Son quejas  
(Con sospecha.)  
que ruin envidia ocasiona?  
Rigiéralo otra persona, (Por don Antonio.)  
según prácticas añejas,  
si ese furor que ahora estalla  
(Por la actitud de Enríquez y los Caballeros.)  
fuera de tiempo, á mi lado  
lo hubiérais manifestado  
en el campo de batalla,  
que ya vine á sostener  
los preceptos de las leyes.  
No os pueden voíver los Reyes  
lo que dejásteis perder.  
Conque si es este el objeto  
de la reunión, no me agrada,

- y la doy por terminada.
- ENRIQ. Acataré con respeto  
lo que ordena mi señor. (Por el Rey.)
- ALF. Así se debe en conciencia.
- ENRIQ. Pero si me dais licencia,  
veréis si tienen valor  
mis palabras, porque infiero  
que no hay motivo que exija  
que en este feudo nos rija  
el hijo de un bandolero.  
(Gran extrañeza en todos.)
- ABEL. ¿Cómo?
- ANT. ¿Qué dice?
- ALF. No sé  
qué es lo que quieres decir.
- ENRIQ. Que esto llegué á presumir...
- ALF. ¿Presunciones? ¿Por mi fé! (Con encjo.)  
Grandes son mis prevenciones  
contra Rodolfo; ¡más digo!  
¡Fuera bueno dar castigo  
no más que por presunciones!  
Tenlo para otra presente. (A Enríquez.)
- ENRIQ. Señor... (Con sumisión.)
- ALF. Y basta por hoy.
- ENRIQ. Apesadumbrado estoy  
de haber sido irreverente,  
aunque lo fuí sin conciencia  
de que lo era; pero aún cabe  
conocer de otro hecho grave.  
(Movimiento de impaciencia en el Rey )  
De éste tengo la evidencia.
- ALF. ¿Otra?
- ENRIQ. Es delito probado.
- ALF. Venga, pues.
- ENRIQ. Ello parece  
un cuento; mas si os merece  
crédito mi nombre honrado,  
creeréis todos los extremos  
de este caso, pues por Cristo,  
que lo que os cuente lo he visto.
- ALF. ¿Qué viste, pues? Y acabemos,  
que ya me impaciento á fé.

- ENRIQ. Pues señor, anoche aquí una confesión oí inexplicable.
- ALF. ¿Qué fué?
- ENRIQ. Beatriz con ese bandido (Por Edgardo.) hablaba. La libertad, aunque hay gran dificultad, logró por sí, ó protegido por alguien muy importante; pues para librar á un preso lo ha de ser.
- ALF. (Muy impaciente.) ¿Qué importa eso? Vamos á lo interesante. Hablaban. ¿Dé qué?
- ENRIQ. Señor, aunque el hecho es muy extraño afirmo que no me engaño: ellos se hablaban de amor. (Gran sorpresa en todos.)
- ALF. ¿De amor?
- ANT. (Sin comprender.) ¿Qué es esto?
- ENRIQ. Lo juró.
- ALF. Bueno; pero el hecho explica, que á la razón mortifica aún sospechar, por lo duro del oprobio, que mujer de tal nombre y de tal fama, se envilezca hasta ser dama...
- ENRIQ. Pues es preciso creer que así son sus confesiones.
- ANT. Me asombra...
- ENRIQ. Pero hay más que eso. Ese bandolero preso se fugó de las prisiones del Rey. En ellas estaba por haber muerto traidor como asesino, al señor que este feudo gobernaba. (Movimiento de asombro en todos.)
- ALF. Es posible. (Como recordando.)
- ANT. ¿Será cierto?
- ENRIQ. Yo lo escuché de su boca.

Él infame y ella loca,  
puestos ambos de concierto,  
decretaron su ruina; (Agitación general.  
así, no puede donar;  
porque no puede heredar  
la que roba y asesina.

ANT. ¡Los dos! (Con espanto y alegría.)

ALF. (Convencido.) Crédito merece  
tu juramento; mas cabe  
dudar de un hecho tan grave;  
y cuando un caso se ofrece  
en que se ha de condenar  
sin que el castigo se excuse,  
no es bastante que uno acuse:  
el crimen se ha de probar.

ANT. Él lo ha visto. (Al Rey, por Enríquez.

ALF. ¿Y no otro alguno?

ENRIQ. Como si lo vieran ciento:  
afirmo con juramento.

ALF. La ley pide más de uno,  
y es preciso...

ANT. (Contrariado.) Si la ley  
mayores pruebas colicia,  
que las busque la justicia.

ALF. ¿Quién da lecciones al Rey? (Con firmeza  
¡La justicia! Fácil fuera  
á un Rey y señor de todo,  
organizar de tal modo  
su gente, que no pudiera  
encubrirse una traición  
ni cualquiera otra mancilla;  
pero estamos en Castilla,  
y con esta ruin unión  
que á alguno el cielo demande,  
y combatir fué mi empeño,  
de tanto Estado pequeño,  
y tanto pequeño grande,  
vaya el Rey á averiguar...  
¿que? ni á intentarlo siquiera;  
aun ya averiguado, fuera  
muy difícil castigar  
sin causar un rompimiento.

¿Condena el Rey? A otro rancho,  
que por ahí anda un don Sancho  
en busca del descontento.

ENRIQ. Señor, no es fácil la prueba  
hallar, mas buscarla juro.

ALF. Pues si el delito es seguro,  
(Con gran energía.)  
aunque la gente se mueva  
en desprecio de la ley,  
como en pasadas cuestiones,  
y vuelva sus escuadrones  
para humillar á su Rey  
en pro de viles empresas,  
que son su oprobio y mancilla,  
yo prometo que Castilla  
hará este feudo pavesas. (Vase.)

## ESCENA VIII

DICHOS, menos ALFONSO X

ENRIQ. El Rey teme. †

ABEL. Bien se ha visto.

ANT. Descubrimiento asombroso,  
pero inútil.

ENRIQ. (Con esperanza.) ¿Qué sabemos?  
El cielo en nuestro socorro  
puede venir. Esas pruebas.. (Meditando.)

ANT. ¿En el cielo esperas? ¡loco!  
Pero si lo que fué mío (Con resolución.)  
doy por perdido, no dono  
lo que aún poseo; mi hija  
no puede ser de ese mozo  
por cuyas venas circula  
sangre vil. Sin testimonio, (A Enríquez.)  
en cuanto dijiste creo.

ENRIQ. Bien hacéis.

ANT. Desde ahora rompo  
el compromiso, y al punto  
la vuelta á mi casa tomo.

A avisar voy á mi hija.

(Vase. Entra un Soldado y habla con Abel.)

ENRIQ. A lo menos esto logro.

(Con satisfacción por lo que ha dicho don Antonio.)

ABEL. Rodolfo se acerca.

(Transmitiendo la noticia que le dió el Soldado.)

ENRIQ. (A Abel.) Vente.

ABEL. ¿Por qué? ¿Os espanta su rostro?

## ESCENA IX

DICHOS, RODOLFO y GARCÉS

GARCÉS. A tratar de ello, sin duda,

(Aparte á Rodolfo.)

se reunieron.

ROD. (Aparte á Garcés.) ¿Con que al oro de los bandidos me vendo?

GARCÉS. Eso dicen.

ROD. ¿Que me opongo

á que la ley los condene  
porque el fruto de sus robos  
con ellos parto?

GARCÉS. Así Enríquez

me lo dijo; y yo supongo  
que á eso la reunión se debe.

El motivo desconozco  
si es otro del que os indico.

ROD. Tratarán de poner coto (Con ironía.)

á tanta audacia. Hazte á un lado

mientras que los interrogo.

¿Aquí reunidos? ¿Qué ocurre? (Alto.)

¿Nadie contesta?

ABEL. (Ap. por Rodolfo.) Con poco

que me obligue me desmando.

ROD. ¿Qué inquietud en vuestros rostros  
advierto?

ABEL. (Ap. negando.) En lo que á mi toca...

ROD. ¿Nadie responde? (Con impaciencia.)

ENRIQ. (Procurando disimular.) Respondo  
que nada ocurre. El momento  
se acerca del matrimonio  
y han acudido.

ROD. Y por Cristo  
que con tiempo. (Va a hablar Enríquez.)  
No te oigo,

(Interrumpiéndole.)  
tampoco te he preguntado;  
busqué verdad en los otros,  
de tí sé que no la dices  
ni aun á tí mismo.

ENRIQ. (Dominando la ira.) ¡Rodolfo!

ROD. Habla tú, Abel.

ABEL. (Excusándose.) Como quiera  
que el preguntar es ocioso...

ROD. ¿Tampoco tú? Pues os digo  
que ni hace falta. Más pronto  
así me enteré; si rugen  
amontonados los lobos,  
alguna presa destrozan.

ENRIQ. ¿Qué decís?

ROD. Que os une el odio,  
y siendo este el consejero,  
no es mucho que se haga acopio  
de calumnias. Bien mirado  
la nobleza es necio estorbo,  
y el arma de los traidores  
no es el hierro, que es el lodo.

ABEL. ¡Ira de Dios! ¡Ese agravio!

(Con furor contenido.)

ENRIQ. ¡Esa ofensa! (Dominando la cólera.)

ROD. Es que os conozco:  
en las lides por la espalda,  
en la traicion por el rostro.

ENRIQ. Ya basta. (Con furor.)

ROD. (A Enríquez.) Luce ese brío.  
Todos á un lado, que ansioso  
(Como disponiéndose á combatir.)  
estoy há tiempo de verte  
luchar, y no os cause asombro;  
(Á los demás.)

que aunque usa espada y revueltas  
hubo á cientos en que todos  
entramos, lo que es á éste (Por Enriquez.)  
debió tragárselo el polvo,  
porque en la vida le he visto  
luchar ni mucho ni poco.

ENRIQ. Si á mi señor no mirara  
en vos... (Dominándose.)

ROD. (Con ironía.) Tu alhesión conozco,  
y más en este momento.  
Mas cuenta que no ahora sólo  
soy el señor, sino siempre;  
que te convierto de un soplo  
de capitán en mendigo.  
Y basta ya, que el enojo  
para con vosotros sobra.  
Salid de aquí. Cuando el gozo  
por estas fiestas termine,  
partid de la vida todos  
y para siempre: no quiero  
veros más. En los despojos (Con desprecio.)  
que disfrutáis de mi hacienda  
vivid en paz ó rabiosos  
preparando la venganza:  
no es temble entre vosotros.

ENRIQ. Pero es que yo... (Protestando.)

ROD. Salid, digo.

ENRIQ. ¡Ira de!... (Aparte.)

ABEL. (Aparte.) Me desconozco.

(Vanse todos menos Rodolfo y Garcés.)

## ESCENA X

RODOLFO y GARCÉS

ROD. ¡Miserables! (Por los que se han retirado.)

GARCÉS. Tan infames  
como débiles.

ROD. Con todo,  
bueno es prevenirse: aislado



huye cobarde el raposo;  
pero unidos acometen  
al cazador.

GARCÉS. (Con confianza.) ¡Bah!

ROD.

Dispongo  
de los soldados y el pueblo;  
a los unos y á los otros  
me confío. Que las puertas  
se abran para el pueblo todo  
al comenzar el solemne  
acto de mi desposorio;  
y tú, en la plaza reunidos  
ten de los más belicosos  
doscientos hombres; que armados  
si es preciso, acudan todos  
y así ya pueden los nobles  
promover un alboroto.

GARCÉS. Aquí doña Luz se acerca.

(Mirando hacia el foro.)

ROD. Vete, pues, y...

GARCÉS. Yo respondo. (Vase.)

## ESCENA XI

RODOLFO y DOÑA LUZ

LUZ. ¡Rodolfo! (Con amargura.)

ROD. (Con sorpresa.) ¿Qué te sucede  
que inunda tu rostro el llanto?  
Dilo pronto. ¿A qué ese espanto?  
¿Temer á mi lado puede  
la que sabe que el amor  
trueca al hombre en tigre fiero,  
y sabe á más que la quiero  
con mi cariño mayor?  
Habla; tu pecho sosiega;  
tranquilízate y acaba,  
que más el daño se agrava  
cuanto más tarde me llega.  
¿Aún esas quejas traidorás?

- ¿Por quién son tus desconsuelos?  
Mira que hasta tengo celos  
de la pena porque lloras.
- Luz. Es tal que en dudas me abismo.  
Mi padre...
- Rod. Ya no me extraño;  
le he dejado haciendo daño  
y sigue haciendo lo mismo.  
¿Que hizo tu padre?
- Luz. No sé  
ni qué pensar de ello.
- Rod. Dí.
- Luz. Mandarme que huya de aquí;  
que te olvide. (Con mucha amargura.)
- Rod. (Con indignación.) ¡Por mi fé!  
¿Eso se atrevió á ordenar?
- Luz. Aunque rogué de rodillas.
- Rod. Para él son cosas sencillas  
el huir y el olvidar.  
Pero de ese rostro hermoso  
(Tranquilizándola.)  
aleja el dolor, que es vano:  
asida tengo tu mano;  
ante Dios soy ya tu esposo.  
¿Quién ha de torcer mi suerte  
cuando hasta la cumbre llego?  
¿Él te manda? . . Yo me niego.  
La razón, la del más fuerte.
- Luz. Es mi padre. (Defendiéndolo.)
- Rod. (Con ironía.) Y no hay que hablar.  
¿De los demás, quién se cuida?  
Es padre, te dió la vida  
y te la quiere quitar.  
¿Cómo el deber se atropella?  
Pero medita con calma,  
que yo te di toda el alma,  
y nada pido por ella.
- Luz. ¿Qué puedo hacer? (Con angustia.)
- Rod. ¡Vive Dios!  
¿Consultas mi parecer?  
¿Qué es lo que puedes hacer?  
Elegir entre los dos.

¿Hay cosa más natural  
ni más justa? Considera,  
y encontrarás la manera  
de esto que juzgas fatal  
resolver sin aflicción,  
que el lance no es cosa fuerte:  
yo soy vida y él es muerte;  
no es dudosa la elección.

Luz. Ruégale. (Suplicante.)

Rod. (Con asombro.) ¿Yo?

Luz. Te lo pido...

Rod. ¿Que ruegue? ¿Estás delirante?

Aún no conoces bastante  
al que ha de ser tu marido.

Fuera súplica importuna,  
yo sé hacerme obedecer.

¿Rogar? Sólo á la mujer,  
y de la mujer, á una.

Luz. Mas su empeño, ¿á qué responde?

¿Tú lo sabes?

Rod. Lo imagino,

porque en su pecho mezquino  
sólo mezquindad se esconde.

Le vi este sitio dejar  
poco há; calumnia cruel  
se forjó aquí; llegó á él,  
y en él halló su lugar.

La ruín sospecha ha cundido...

quizá es suya la malicia, (De don Antonio.)

de que amparo por codicia

á ese funesto bandido. (Por Edgardo.)

De que remedando el modo

de los señores de Francia,

llevo parte en su ganancia.

Esta es la causa de todo.

Y ahí tienes la ruín bajeza

de ese cobarde reptil, (Por don Antonio.)

considerándome vil

porque él forjó la vileza.

De esa infamia en el abismo

fundado su asombro encuentro:

es que se mira por dentro

- v se espanta de sí mismo.  
LUZ. Es mi padre. (Imponiéndole respeto.)  
ROD. Pesadumbre  
me causa. ¡Sin os traidores!  
A lo mejor nacen flores (Por doña Luz)  
donde sólo hay podredumbre.  
LUZ. Calla. (Suplicante.)  
ROD. (Justificándose) El hecho considera  
y disculparás mi encono.  
LUZ. Y bien; yo no te abandono;  
pero busca la manera  
de demostrar tu sincero  
proceder, y me has salvado. .  
Es cierto lo que has pensado:  
me habló de ese bandolero.  
No sé qué quiso decir;  
pero algo de eso sería...  
sólo sé que me moría  
y no estaba para oír.  
Desmiente el eco importuno  
de esa calumnia infamante,  
y esto cesará al instante.  
ROD. ¡Ira de Dios! Aquí uno.  
(Llamando como quien toma una resolución.)

## ESCENA XII

### DICHOS y DIEGUEZ

- DIEG. ¿Mi señor, qué man la?  
ROD. (A Diéguez.) Corre;  
(Con exaltación.)  
avisa á la gente toda,  
y que dé el toque de boda  
la campana de la torre.  
LUZ. ¿Qué intentas? (Con sorpresa.)  
ROD. (A Diéguez.) Marcha en seguida.  
(Vase Diéguez.)

## ESCENA XIII

RODOLFO y DOÑA LUZ

Luz. ¡Me espantas! (Por el aspecto de Rodolfo.)

Rod. ¿Y á qué temblar?

A tu padre voy á dar  
una explicación cumplida.

¡Pero, ay si sigue en su intento!

(Con furor.)

¡Ay si da el menor indicio

de que busca un artificio

que destruya el casamiento!

(Suena la campana y va acudiendo poco á poco la gente.)

Ya no acudas á mi fe

ni en ruego las manos juntas.

Luz. ¿Qué harás? (Con espanto.)

Rod. (Con gran exaltación.) No me lo preguntes,  
que ni yo mismo lo sé.

Luz. Pero atiende. (Intentando calmarlo.)

Rod. Sólo veo

extragos, ruínas, horror,

porque al negarme tu amor

me niegan cuanto deseo.

Tú mandas en tu albedrío;

¿éste en ser mío se aferra?

pues por la paz ó la guerra

lo que es mío será mío.

## ESCENA XIV

DICHOS, DOÑA BEATRIZ, ALFONSO X, DON

ANTONIO, ENRIQUEZ, ABEL, Damas, Pajes, Caba-

lleros, Soldados, Hombres y Mujeres del pueblo.

ANT. ¿Qué es esto?

ALF. ¿Qué el clamor de esa cam-  
[pana

- anuncia? ¿A qué la gente se congrega?
- ROD. A desmentir del modo más solemne una calumnia vil; á atar las lenguas de serpientes dañosas, que el veneno como arma ruin contra mi honor emplean. Y cuando esto se logre, que no taré sino lo que hable yo; cuando aparezca la torpe alevosía demostrada, que hoy lo está, ¡vive Dios! para el que [piensa; ante el altar espléndido, las manos con amor enlazadas, y en la tierra humildes las rodillas, de mi esposa recibiré con cándida pureza la oferta de ser mía, sólo mía, para oíar como yo cuanto me ofenda; apartarse de aquel que mi mal busque; no ver ni oír al que afrentarme quiera, ya se llame señor, hermano ó padre, y más si cabe aún, sea el que sea.
- ALF. Tu explicación aguardo, que no entiendo...
- ROD. Ni la habréis de entender; para entenderla es fuerza que estén hechos los oídos al ruin lenguaje de la ruin miseria.
- ANT. ¿Qué nos irá á decir?
- (Aparte con sorpresa á Enríquez.)
- ENRÍQ. (Aparte á don Antonio.) No se me alcanza.
- ROD. Neguéme ayer, señor, á una sentencia. Lo hice sólo evitando que mis bodas, nuncio de gozo, memorable fiesta, regocijos de amor, con triste luto en sangre maldecida se tiñeran. Pero allá va el discurso de la infamia á donde el juicio del honor no llega. Ha de haber otra causa, y deshonorosa; (Con ironía.) venga pensar; que surja la sospecha. ¿Cómo no descubrirlo! se dió en ello; ¡era tan fácil! con mirar se acierta: yo me opuse al castigo de esa gente porque parte conmigo sus haciendas; yo soy uno de tantos; en los feudos

se usa de Francia así, ¿qué mayor prueba?  
Y circula entre todos la noticia,  
y los grandes señores se congregan  
para fines siniestros, y por hijo  
el noble don Antonio me desdeña.  
Y con tanto pensar, nadie discurrir  
lo mejor; lo que á todos aprovecha,  
y es justo, y es honroso, y necesario  
y fácil: hacer trizas una lengua.  
(Por don Antonio.)

ANT. No le comprendo aún. (Aparte á Enríquez.)

ENRIQ. (Aparte á don Antonio.) Yo algo me explico.

ROD. En los pechos honrados no hace mella  
la traidora invención: ella fenece  
en cuanto el hecho al ofendido llega;  
que lograr la mentira nunca pudo  
cerrar á la verdad todas las puertas.  
Del torpe bandolero á quien amparo  
(Con ironía.)  
la prisión deshaced.

(A uno de sus Capitanes.)

BEAT. (Aparte con temor.)

¿Qué es lo que intenta

ROD. Con fuerte escolta á la vecina plaza  
llevadle con sus grillos y cadenas,  
y desmintiendo la invención cobarde  
entregad al verdugo su cabeza.

BEAT. ¿Cómo? ¿Qué? (Con gran espanto.)

ROD. En el momento.

(Vanse el Capitán y algunos Soldados.)

BEAT. (Acercándose precipitadamente á Rodolf.)

¡Es imposible!

¡Hijo, no puede ser! ¡Por Dios, clemencia!

ANT. ¿Qué más prueba queréis?

(Aparte al Rey por doña Beatriz.)

ENRIQ. (Aparte al Rey.) Ya demostrado  
tenéis lo que antes dije.

ALF. (Observando á doña Beatriz.) Ella confiesa.  
Es cierto cuanto has dicho, ya no hay duda.  
(A Enríquez.)

ANT. A VOS OS toca. (Aparte al Rey.)

ALF. (Aparte con decisión.) La justicia empieza.

- Rodolfo, te despojo de este feudo. (Alto.)  
 ROD. ¿Qué me decís? (Con gran asombro.)  
 ALF. (Por don Antonio.) A su señor lo entrega.  
 Y cesen en la gente los rumores  
 (Por la agitación que observa en todos.)  
 que oigo elevarse en forma de protesta,  
 que cuando manda el Rey, su razón tiene,  
 y esta razón á todos aprovecha.  
 ROD. Os pido que expliquéis...  
 (Al Rey con aturdimiento.)  
 ALF. Claro me explico:  
 te quito el feudo; su dominio deja.  
 ROD. Eso ya lo entendí; mas no hice caso:  
 el feudo es mío, mientras serlo quiera.  
 ALF. ¿También rebelde? (Con indignación.)  
 ROD. Lo que ansioso espero  
 es la razón de la injusticia esta.  
 ALF. Pues búscala en Beatriz. Ella responde  
 con su extraña actitud. Mírala y piensa.  
 LUZ. Padre mío, ¿qué es esto?  
 (Aparte á don Antonio.)  
 ANT. (Aparte á doña Luz.) Es que te salvo  
 del más torpe horcón. Ten fortaleza.  
 ROD. Una débil mujer, que se acobarda  
 (Sin entender.)  
 ante una muerte próxima; que ruega,  
 por huir de la vista del suplicio,  
 que el brazo justiciero se detenga,  
 ¿responde á mis preguntas? ¿Eso dicen?  
 Mas, ¿quién con esto la verdad no acierta?  
 (Como quien ha comprendido.)  
 Decidla sin rodeos; es lo noble. (A todos.)  
 Confesad que creéis que se os presenta  
 ocasión de vengar con este oprobio  
 que contra mí intentáis, otras ofensas.  
 ¿A qué ocultarlo? Con paciencia escucho.  
 ¿Ya se advirtió? pues desatad las lenguas.  
 No os detenga el rubor, con esto al menos  
 si no razón, demostraréis franqueza.  
 ALF. ¡Insensato! Habla tú, que en mí el enojo.  
 (A don Antonio.)  
 anuda la garganta.



LUZ. (A don Antonio con temor.) ¡Padre!

ANT. Sea.

Rodolfo, escúchame. ¿Necio pensaste que á mi Luz no te doy porque sospechan, según tú, que amparaste á bandoleros por defender la parte que te entregan? De eso no escuché nunca. Es todavía, como verás al fin, mayor tu afrenta.

ROD. Acaba. (Con impaciencia y furor.)

ANT. (Por doña Beatriz.)

De tu madre .. Porque es tuya; de su seno naciste.

ROD. Aunque así sea.

ANT. ¿Lo negarás tal vez?

ROD. (Con orgullo.) No, no lo niego. Es mi madre, lo sé; y ahora habla de ella. (Previniéndole.)

ANT. De tu madre el esposo asesinado fué por ese bandido, que ahí se encierra. El le clavó el puñal, pero obediente, ¿inducido por quién? por esa hembra. (Por doña Beatriz.)

Así ocultó su crimen de adulterio, cometido con ese que hoy condenas.

(Por Edgardo.)

De ellos naciste tú, vástago ilustre, ingerto de bandido y de ramera.

LUZ. ¡Jesús! ¡Qué horror! (Con gran espanto.)

ROD. (Lanzándose fuera de sí contra don Antonio.)

¡Tu sangre maldecida!

LUZ. Rodolfo, atrás. (Defendiendo á don Antonio.)

ROD. (Deteniéndose.) Tú perdición es cierta.

(Por don Antonio.)

## ESCENA XV

DICHOS; EDGARDO y el Capitán y los Soldados que fueron por él.

ROD. ¿Conque es este el malvado, cuya sangre (Asiendo con furor á Edgardo )

circula como fuego por mis venas?  
¿A este hombre que me espanta, es á quien  
[debo,

según todos oísteis, mi existencia?

El vil calumniador así lo expuso.

(Por don Antonio.)

¿De dónde lo forjó? De su vileza,  
que la voz de la sangre nada dice;  
el alma airada su maldad detesta,

(Por Edgardo.)

y la mano convulsa se defiende  
contra el menor asomo de sospecha,  
buscando por sí propia, sin espanto,  
contra tanta ruindad la mejor prueba.

(Desenvaina el puñal.)

¿Qué es mi padre decís? Ved si es posible.  
Yo en su pecho traidor hundo mi diestra.

(Va á herirle.)

BEAT. ¡Hijo del alma! ¡No!

(Deteniéndole aterrada.)

ROD. (Con asombro.) ¿Cómo? ¿Qué es esto?

¿Tú le defiendes cuando así me afrenta?

(A doña Beatriz.)

¿Será verdad? ¡Jesús! (Con espanto.)

EDG. (A los Soldados.) Llevadme pronto;

él lo ordenó. (Por Rodolfo.)

Que ruede mi cabeza.

ANT. ¡A la plaza con él!

(A los Soldados, por Edgardo.)

ROD. (Con precipitación.) ¡Quietos, Soldados,

que yo aquí solo soy el que condena!

¡Madre! Aún te llamo así. Dime, responde.

(A doña Beatriz.)

¿Que tú fuiste capáz de esa vileza?

Sin llantos, sin suspiros, sin congojas;  
no te espantes, no llores; dílo, fiero.

(Con furor.)

ALF. ¡Prendedla! (Por doña Beatriz, á los Soldados.)

ANT. (Idem, íd.) ¡Maniatadla!

ROD. (Con furor, oponiéndose.) ¡Fuera todos!

¡Ay, del que osado hasta llegar se atreva!

Una cosa es su crimen y otra cosa

- que aun siendo criminal mi madre sea.
- ALF. ¿La defiendes? (Con asombro.)
- ROD. ¡Pues no!
- ALF. La ley sagrada  
en ella ha de cumplirse.
- ROD. Cuando sepa  
que del hijo rebelde las traiciones  
castigásteis, señor, con entereza;  
cuando don Sancho sus maldades purgue  
en suplicio afrentoso y en él muera,  
venid á hablar de leyes, hasta entonces  
derecho no tenéis para imponerlas:  
la justicia, señor, de ser justicia,  
no por lo ajeno, por lo propio empieza.
- ALF. ¡Caballeros, á mí!
- (Llamándoles. Movimiento en los Caballeros.)
- ROD. ¡Y á mí, Soldados!
- (Movimiento en los Soldados.)
- ¡Y á mí ese pueblo que la plaza llena!
- ALF. ¡Rebelde contra el Rey! (Recriuinándole.)
- ROD. (Con mucha exaltación.) ¡Contra los cielos  
soy rebelde también por defenderla!
- (Por doña Beatriz.)
- ALF. Volveré con mis gentes. (Amenazando.)
- ¡Abrid paso!
- (A los Soldados con imperio.)
- ¡El Rey lo manda!
- ROD. Sí, paso á su alteza.
- (Los Soldados obedecen y sale el Rey con algunos Caballeros.)
- ¡Y vosotros, atrás! ¡Ninguno salga!
- (Cortando la salida.)
- Terminemos aquí nuestras contiendas.
- ¡Mi Luz, mi honor, mi madre; todo, todo  
(Con gran amargura.)  
acabó para mí sobre la tierra!

FIN DEL ACTO SEGUNDO



---

## ACTO TERCERO

---

La misma decoración.

### ESCENA PRIMERA

ABEL y GARCÉS

ABEL. Torpe.

GARCÉS. Ignorante diréis;  
que á no nacer adivino,  
no sé por dónde pudiera  
en él haber conocido  
al matador de mi padre.

ABEL. Y Rodolfo de él es hijo. (Con intención.)

GARCÉS. Ya lo sé. (Con disgusto.)

ABEL. Noto en tí algo  
que me sorprende.

GARCÉS. Pues ¡digo!  
¿No hay razón?

ABEL. Para alegrarte  
la tienes: ¿das al olvido  
la historia de aquel suceso?  
Tu padre, el mejor amigo  
del buen señor, que paz goce,  
y murió en este castillo,  
por vengar aquella muerte,

al puñal de un asesino  
pereció. Aquel vagabundo  
á quien por muerto tuvimos,  
las cárceles en que preso  
el Rey le tuvo, deshizo,  
y al cabo de tantos años  
viene á encontrarse contigo.  
Si tienes sangre en las venas,  
que ella te hable, y al avío.

GARCES. No está callada; mas plugo  
á Dios tan fiero destino  
darme...

ABEL. ¿Pues qué te sucede?

GARCES. ¿No lo sabéis?

ABEL. No me explico...

GARCES. Rodolfo es hijo de ese hombre.

ABEL. ¿Y bien?...

GARCES. Que de ello maldigo.

Rodolfo para mí siempre  
fué como un hermano.

ABEL. (Con desprecio) Niño,  
si das en esos temores,  
hazte fraile capuchino,  
que para ceñir espada  
no sirves.

GARCES. (Conteniendo el enojo.) Por Dios bendito,  
que bien se valen los viejos  
de sus canas.

ABEL. Pues preciso.

Miren en qué se detiene  
el zagal. Agradecido  
al cariño de Rodolfo,  
buen servidor y mal hijo,  
muerto se queda su padre  
y con vida el asesino.

GARCES. Eso no, ¡viven los cielos!  
Tal yo no dije.

ABEL. Es lo mismo.

GARCES. Una cosa es que me duela...  
y otra que yo...

ABEL. Pues indicios  
no das de vengarte.

GARCES. ¿Y cómo?

ABEL. Por el cómo te lo digo:  
que ni pensaste siquiera  
medio alguno.

GARCES. Ni imagino  
de qué modo.

ABEL. Mientras quede  
gente á Rodolfo... Cautivo,  
aunque en libertad le puso,  
sigue Edgardo; su escondrijo  
no abandona, y si el encierro  
trocó por salones ricos,  
centinelas á la puerta  
impiden que hasta aquel sitio  
llegue hombre alguno. Rodolfo  
teme, sin duda, al cuchillo  
de los airados señores  
que están como detenidos,  
por impedir él que salgan,  
en la torre.

GARCES. Yo vigilo,  
y como el bandido deje  
su encierro, por Dios bendito  
que la muerte de mi padre  
me paga.

ABEL. (Con mofa.) Y espera siglos.

GARCES. ¿Qué he de hacer?

ABEL. Entre las gentes  
del pueblo tienes amigos;  
también todos los soldados  
te estiman: busca su auxilio;  
háblales de lo que ocurre:  
que Rodolfo está perdido;  
que el rey llegará con gente  
muy pronto, quizás hoy mismo,  
pues fuerzas no han de faltarle  
sin salir del señorío,  
y en cuanto llegue, el soberbio  
Rodolfo con sus adictos,  
en justa venganza pueden  
ser pasados á cuchillo.  
Esto es posible que infunda

temor, y más por tí dicho,  
que siempre leal le fuiste,  
y entonces...

GARCÉS. (Con sospecha) Ya he comprendido.  
Sin defensa en los villanos  
ni soldados, no hay peligro,  
y ya puede don Antonio  
á su gusto y muy tranquilo  
posesionarse del feudo.

ABEL. Y aunque eso fuese... (Contrariado.)

GARCÉS. Que he visto  
la intención.

ABEL. (Persuadiéndolo.) ¿Y qué te importa?

GARCÉS. Que venis como echadizo.

ABEL. Ha de ser y es de justicia...

GARCÉS. Pues yo con mi traza sigo:  
para el bandido la muerte;  
para Rodolfo mi auxilio. (Vase.)

## ESCENA II

ABEL

Esta puerta está cerrada. (Por Garcés.)  
¡Diablo de hombre! ¡Con qué hechizos  
(Por Rodolfo.)  
los fascinó, que aun sabiendo  
lo que es, le siguen amigos!  
Si la guarnición no deja  
su obediencia, están perdidos  
don Antonio, Enríquez, todos  
los que contrarios le fuimos.

## ESCENA III

ABEL y ENRIQUEZ

ABEL. ¿Hay disgusto? (Observándole.)

ENRIQ. Y á fe mía  
que con razón. De la hueste  
los más valientes guerreros,



aunque la venida temen  
del Rey, á darnos auxilio  
del todo no se resuelven.  
Dicen que ha sido Rodolfo  
hermano más bien que jefe,  
y trabajar en su daño  
les repugna. Pues que dejen  
que llegue el Rey, y yo juro  
que caro lo pagan.

ABEL. (Con esperanza.) Puede  
que antes que el monarca asome...

ENRIQ. En eso confío: endeble  
es la resistencia; todos  
acobardados parecen,  
y presumo que á otro empuje...

ABEL. Sólo eso salvarnos puede.  
Si Rodolfo se recobra  
de su disgusto, la muerte  
nos espera, que no es lardo:  
sabe que en nosotros tiene  
acérrimos enemigos,  
y claro que quien bien piense,  
no ha de quererlos en casa  
cuando de fuera le vienen.

ENRIQ. Aprovechar ese estado  
de torpe inacción se debe.

ABEL. ¿Y los villanos?

ENRIQ. El pueblo  
en el concepto le tiene  
de semidiós; no habrá forma  
humana para atraerle.  
Resistirá al Rey y á todo  
lo que se le represente  
que es á Rodolfo contrario.  
Desde aquí observarse puede  
su actitud.

(Indicando la ventana.)

ABEL. (Mirando por ella.) Sí, que en la plaza  
se agrupan.

ENRIQ. Anda la gente  
soliviantada. Ha cundido  
que en la torre se pretende

alguna cosa en perjuicio  
de Rodolfo, y ahí la tienes  
en observación. Capaces  
son de embestirnos si temen...  
Pero eso nada interesa:  
mal armados, aunque fuertes,  
fueran muy pronto vencidos.  
A quien persuadir conviene  
es á la tropa.

ABEL. ¿Y qué dice  
don Antonio?

ENRIQ. (Con desprecio.) Se estremece  
de pensar que de Rodolfo  
es prisionero. Se tiene  
ya por difunto, y en vano  
animarle se pretende.  
Medroso é irresoluto,  
me temo que por poderse  
ver en libertad, daría  
lo que más en su alma puede:  
el feudo que tanto anhela  
y la hija que tanto quiere.  
Pero sus actos vigilo  
y no cederá.

ABEL. No debe.  
Que de doña Luz disponga,  
vaya en gracia, si defiende  
el señorío, que suyo  
debió ser y á su amo vuelve.  
¿No es verdad?

ENRIQ. Todos discurren  
del modo que les conviene.  
A mí que se pierda el feudo  
si doña Luz no se pierde.

ABEL. ¿Eso decís? (Con sorpresa.)

ENRIQ. Eso digo.

ABEL. En fin: cada uno se entiende.

ENRIQ. Pero perdemos el tiempo  
hablando, y mejor parece  
continuar nuestra tarea.

ABEL. Yo hablé á Garcés, que no tiene,  
por mi vida, de su padre

sangre en las venas. Se siente (*Escuchando.*)  
en la torre movimiento.

ENRIQ. Es que todos van y vienen  
de unos á otros en consulta;  
pero que no se resuelven  
tan pronto como es preciso.  
Vamos á ver qué sucede. (*Vanse.*)

## ESCENA IV

RODOLFO

Cálmate, razón cobarde;  
reflexiona; no te entregues  
á arrebatos ni á lamentos  
que son propios de mujeres.  
Toda mi vida conozco  
á Beatriz; aunque supiese  
fingir del modo más hábil,  
¿es posible que se encierre  
de manera la mentira  
que ni por acaso deje  
algún resquicio por donde  
á descubrirla llegue?  
¿Qué se lee sino bondades  
en la mirada solemne  
de Beatriz, que más que al mundo  
á los cielos pertenece?  
¿Qué me dijeron sus actos,  
que si á la memoria vienen  
mezclados con los que dieron  
renombre, no ya á las gentes  
simplemente virtuosas,  
que esto ni nombrarse debe,  
sino á los santos varones  
que obtuvieron las mercedes  
de ser al altar llevados  
y recibir nuestras preces,  
ruegos, plegarias, ofrendas  
en las esferas celestes,  
aun valiendo aquellos tanto,

si se los compara pierden?  
También al Dios de justicia  
ladrón le llamaron; leyes  
acatadas por los hombres  
le condenaron á muerte,  
y subió al suplicio infame  
entre las burlas crueles  
de las turbas, y su pueblo  
aún le agravia y le escarnece.  
¿Qué vale el instinto humano  
cuando monarcas y jueces  
condenaron al suplicio  
como bandido rebelde,  
al que era honor, paz, justicia,  
Hijo de Dios, Rey de reyes?  
Sí, no hay duda; error de todos.  
(Con esperanza.)  
Algo aquí ocultarse debe  
que justifique los hechos  
que la razón no comprende.  
Preciso es que se conozca.  
¿A qué retardarlo? ¡Diéguez! (Llamando.)

## ESCENA V

RODOLFO y DIEGUEZ

DIEG. ¿Qué mandáis?  
ROD. Que á este aposento  
venga mi madre. Que dejen  
los guardias que le custodian,  
á aquel hombre... ya me entiendes,  
(Con embarazo.)  
salir de su estancia, y baje  
también aquí; mas que siempre  
le acompañen mis soldados  
impidiendo que se acerque  
alguno á él. Me responden  
si le agravian ó le hieren.  
DIEG. Está bien, señor.  
ROD. Ya aguardo.

DIEG. Al momento. (Vase.)

## ESCENA VI

RODOLFO

Si no pueden (Con temor.)  
justificar de aquel hecho  
la causa; si no desmienten  
la maldad, que demostrada  
para todos aparece...  
¡Oh! ¡No! ¡Imposible! ¡Mentira!  
(Rechazando la idea.)  
Mentira aunque se confiesen  
criminales sin disculpa.  
Hijo soy de ellos; parece  
que de ellos nació no sólo  
la materia: lo que siente,  
lo que piensa de los padres  
nace también. Se desprende  
del criminal sólo crimen;  
crimen será lo que engendre.  
Así es sin duda. Y entonces,  
si del mal vengo y de él viene  
todo mi sér, ¿este honrado (Por el suyo.)  
pensamiento, á quién se debe?

## ESCENA VII

RODOLFO, DOÑA BEATRÍZ y EDGARDO

BEAT. ¡Hijo! (Á Rodolfo con amargura.)

EDG. (Idem, id.) ¡Rodolfo!

ROD. (Á Edgardo con pena.) Me aflijo,  
al ver que me habláis así:  
hay agravio para mí,  
sin duda, al ser vuestro hijo.  
¿Calláis?

EDG. (Con resignación.) Escucho con calma;  
mas medita que si fuera

tan infame, y no tuviera  
bondad alguna en el alma,  
ni me importara este encuentro,  
ni el daño que te causé:  
sin embargo, yo me sé  
lo que me pasa allá dentro. (Por el corazón.)  
BEAT. ¡Pobre Edgardo! (Aparte, compadeciéndolo.)  
ROD. Habéis de hablar  
de aquel crimen, sin engaño.  
Me causásteis á mí el daño  
y yo os tengo que juzgar.  
BEAT. ¡Perdón! (A Rodolfo, con arrepentimiento.)  
ROD. (Con firmeza.) Dejad ese tono.  
De implorar tiempo tenemos.  
Ahora es preciso que hablemos,  
para saber que os perdono.  
EDG. ¿Quién ha de hablar?  
BEAT. Resignada  
hab'aré aunque me condene.  
ROD. Que él hable; temor no tiene  
(A doña Beatriz por Edgardo.)  
y no ha de ocultarme nada.  
EDG. Pregunta.  
ROD. La historia fiel  
y con detalles, os pido  
de todo lo sucedido  
entre vosotros... y aquél. (Con embarazo.)  
EDG. Escucha.  
ROD. (A doña Beatriz.) Atendedle vos  
por si yerra, y empezad. (A Edgardo.)  
EDG. Juro decirte verdad,  
y así me perdone Dios.  
Veinte años hace, tenía  
yo veinticuatro; contento  
esperaba el casamiento  
con Beatriz. Yo la quería  
como se sabe querer  
á esa edad; con la locura  
que despierta una hermosura.  
Ella me daba á entender  
cumplida correspondencia,  
y al cabo, para casarnos,

hubimos de presentarnos  
al señor por la licencia.  
Villana de nacimiento  
era ella; pero hasta ahora  
no se ha visto una señora  
de mayor merecimiento.  
Tanto, que en aquel adusto  
señor, su aspecto hizo mella;  
es decir, que la doncella  
fué, aun villana, de su gusto,  
y mi condición cruel  
de labriego así lo quiso;  
negóme á mí su permiso  
y la pidió para él.

ROD. Beatriz... (Entendiendo que no aceptaría.)

EDG. (Disculpándola.) Su padre era viejo;  
cedió, y aunque resistiera,  
quiera el señor lo que quiera,  
no habrá forma ni consejo  
que le obligue á desistir.  
¿El lo mandó? Punto en boca.  
Al vasallo no le toca  
más que callar ó morir.  
Casóse.

BEAT. Juro ante el cielo,  
que ya esposa á eterno olvido  
quise dar mi amor perdido.  
Evitarle fué mi anhelo (Por Edgardo.)  
ocasión para llegar  
hasta mí.

EDG. (Con ironía.) Pero el esposo  
fué conmigo generoso.  
Me quiso recompensar  
por el daño que me hacía.  
Ya logrado su deseo  
dióme en la casa un empleo;  
con lo que á Beatriz veía,  
aunque siempre muy distante,  
mas la veía. Esto era  
ocasión de que siguiera  
aquel cariño adelante.

ROD. Seguid. (Con interés.)

EDG.

La torpe mancilla  
minaba en mi pecho herido -  
sin poder dar al olvido,  
cuando á este tiempo Castilla  
tuvo con extraña tierra  
una guerra... no sé dónde;  
pidió gente el Rey, y el Conde  
se partió para la guerra.

Quedaba sola. (Por doña Beatriz.)

¿A qué hablar,  
por qué medio, ni qué importa?  
Amor la distancia acorta,  
tú sabes lo que es amar. (A Rodolfo.)  
Tras largo acecho la hablé;  
quiso evitarme, insistí;  
me amaba, la convencí,  
era mía y mía fué.

No fué tan torpe mi acción,  
fué recobrar un derecho;  
lo que hice estuvo bien hecho:

á un ladrón, otro ladrón

¿No es verdad? (A Rodolfo.)

ROD.

EDG.

(Con mucho interés.) Seguid.

Cobarde

Beatriz, constante me huía.

Aunque á veces la veía,  
era de muy tarde en tarde.

Cesó la guerra. Un villano  
una noche á mi hospedaje  
llegó, llevando un mensaje  
á entregar en propia mano.

¡De Beatriz! El corazón  
me saltó dentro del pecho;  
aunque se hubiera deshecho  
no le faltara razón.

Después de rudas campañas  
volvía el Conde. De fijo  
esto era morir: mi hijo  
se agitaba en sus entrañas

(Indicando á doña Beatriz.)  
con señal bien evidente.

El alma se me oprimía.



«Sálvame,» Beatriz decía:  
«El Conde será inclemente  
Lo ha de advertir; ¡ay de mí!  
nos dará muerte á los dos;  
no me abandones, por Dios;  
vente y huyamos de aquí.»

BEAT. (Sincerándose.)  
¡Ah! pero aunque estaba ciega,  
por librarme de mi suerte  
yo no le pedí su muerte.

¡Hijo, eso nunca! (A Rodolfo.)

EDG. (A doña Beatriz.) Sosiega.  
Salí como aquel que corre  
por salvarse; muy entrada  
ya la noche, y muy cerrada  
llegaba al pié de la torre.  
Ni una puerta se veía  
abierta; sólo en la altura  
luz por la estrecha abertura  
de un balcón se distinguía.  
La estancia de Beatriz era  
aquella; escuchar creí,  
como partiendo de allí  
voces de irritada fiera.  
«No retardes el encuentro,»  
me dije, y con decisión  
me encaramé hasta el balcón;  
saltó la puerta, y adentro.  
Miré; Beatriz arrojada  
sobre un asiento. gemía;  
el Conde un hierro blandía.  
Al verla así amenazada,  
entre los dos me lancé  
con esfuerzo sobrehumano;  
detuve al Conde la mano,  
y rují, que no grité:  
«Vengad en mi vuestra ofensa;  
yo os la causé, yo la quiero;  
(Por doña Beatriz.)  
mi acero contra ese acero.»

ROD. (Con sorpresa y alegría.)  
¿Luchó; luego hubo defensa?

EDG. ¿Pues cómo no? No te asombres.  
¿De otra suerte yo atacara?  
Cuerpo á cuerpo y cara á cara;  
así se matan los hombres.

ROD. Seguid.

EDG. Atacó sereno,  
que era hombre de bizzarria;  
mas mi furia le aturdió  
y empezó á perder terreno.  
En aquella confusión  
oí que Beatriz me gritaba:  
«¡Compasión!» yo ya no estaba  
para tener compasión.  
Un paso más en huida;  
llegó al muro; rugió fiero;  
lanzóme el golpe postrero,  
y contesté á su embestida  
con furia, con arrogancia,  
con toda mi fuerza junta;  
le pasé, y hundi la punta  
en la pared de la estancia.

ROD. ¡Padre! (Con exaltación.)

EDG. (Con sorpresa.) ¿Padre me llamó?  
¿No hay ya para mí desvío?  
¿Hice bien?

ROD. Si, padre mío;  
así le matara yo.

BEAT. ¡Oh, Dios! (Llorando como al recordar.)

EDG. De la torre huí,  
no cobarde, sí asombrado;  
fui mucho tiempo acosado,  
y al cabo en manos caí  
de la justicia. La ley  
dictó mi muerte al momento:  
para mayor escarmiento  
quiso presenciaria el Rey.  
Llevóse en su compañía  
á su hijo Sancho, este era  
un niño, pues considera  
que diez años no tenía.  
Por él solo me salvé:  
ya el verdugo era mi dueño;

la cabeza sobre el leño;  
mi pensamiento en mi fe.  
Faltaba el golpe no más,  
cuando oí una voz chillona:  
«El Rey mi padre perdona.»  
El verdugo se echó atrás.  
Alcé el rostro, vi al chicuelo  
llorando y lleno de susto.  
El Rey quiso darle gusto.  
Por mí, que los premie el cielo,  
aunque su perdón no borra  
la desgracia de mi vida,  
Fuí sepultado en seguida  
en una obscura mazmorra,  
donde quince años pasé,  
hasta que fuera de mí,  
las cadenas destruí  
y los cerrojos forcé.  
Libre ya, á la gente honrada  
perdón y amparo le pido:  
veinte veces fuí vendido.  
Aquella vida arriesgada  
era imposible seguir.  
¡Oh, qué espantosa agonía!  
Oculto durante el día,  
sin descanso, sin dormir.  
Pidiendo á los que pasaban  
por extraviado camino,  
un alimento mezquino,  
que espantados me negaban.  
Luché con mi sino fiero,  
y fuí por él dominado.  
Ahí tienes á un hombre honrado  
convertido en bandolero.  
¡Y aquel que á un sér oprimido  
impuso amor y constancia,  
aquel para la ignorancia  
hidalgo y honrado ha sido!  
¡Su adversario un vil ladrón  
á quien aprisiona el Rey!  
¡Ley humana, tú eres ley;  
mas no siempre eres razón!

Rod.

En fin, del destino triste  
las ofensas soportemos.  
Disfrutar más no podemos  
de lo que en el feudo existe.  
Nada es nuestro. Restituyo  
desde luego, sin violencia,  
esta maldecida herencia:  
á cada cual lo que es suyo.

BEAT. ¡Hijo! (Con admiración y cariño.)

ROD. Cumpla mi deber  
en justicia y no me apeno.  
Devolver lo que es ajeno  
es ganar, que no perder.  
Mas de igual manera ansío  
que lo mío no me nieguen;  
que á vosotros dos me entreguen,  
y á mi Luz: esto es lo mío.

BEAT. ¡Mi Rodolfo! (Con mucho amor.)

ROD. (A doña Beatriz.) Preparar  
podéis, pues, nuestra partida.  
Una escolta prevenida  
contra un imprevisto azar,  
vendrá á nuestra devoción.  
Vamos, recobrad la calma,  
que ya ensancharéis el alma  
en mi torre de Aragón.  
Esa hacienda, mía es;  
conservándola no ofendo,  
yo la gané defendiendo  
al monarca aragonés,  
como llegaré á adquirir  
más que deo. ¿A qué dudar?  
Es muy fácil conquistar  
á quien se arriesga á morir.  
Vamos, madre, el tiempo corre.

BEAT. Voy al punto.

ROD. Y en camino  
al momento, que imagino  
que estoy preso en esta torre.  
(Vase doña Beatriz.)

## ESCENA VIII

RODOLFO y EDGARDO

Rod.     Edgardo, que de este modo (Con embarazo.)  
aún os nombre no os disguste,  
que para llamaros padre  
me hace falta la costumbre  
Edgardo, á vuestro albedrío  
disponed, ya no me cumple  
penar á nadie. Os dejara  
aunque me cumpliera, unpune.  
Penar á la propia sangre,  
cuando penable se juzgue,  
será virtud, pero tanta  
que de los límites sube  
de la tierra y por regiones  
desconocidas discurre.  
Yo como mortal procedo:  
libre sois. Mas si os aturde,  
siendo mi padre, que un hijo  
su cariño os disimule  
y que á vencer se resista  
la repugnancia que surge  
ante una vida culpable,  
mirad que la gracia acude  
al que sus faltas expía;  
mas no al que de ellas no huye.  
Que si matar no es delito  
cuando á ese extremo se acude,  
para evitar mayor daño  
es muy justo que se culpe  
al que, cualquiera que sea  
su Estado, ataca y confunde  
por vivir, al que no tiene  
culpa alguna en lo que él sufre,  
y que vale más la muerte  
que vida que prostituye.

Edg.     ¡Rodolfo! (Con arrepentimiento.)

Rod.     Vuestros principios  
de villano os lo disculpen,

y perdonad que esto os diga  
quien en vuestro bien discurre.  
Si me estimáis, al olvido  
dad la vida que deslucé  
la condición generosa  
que noto en vos. No rehuse  
mi consejo, por tardío,  
vuestra conciencia, y calcule  
que hubo santos bandoleros  
al par que diablos querubes.

EDG.

¡Rodolfo! (Muy conmovido.)

ROD.

De vuestro llanto  
vuestro dolor se deduce.  
No lloréis más, padre mío.  
(Con mucha emoción, abrazándole.)  
que mi perdón os acude.  
Ya lo sabéis: libre os dejo.  
Y esa gente, aunque repugne  
(Por la tropa de Edgardo.)  
á mi condición su vida,  
libre es también, que me induce  
á la piedad el ser vuestra.  
Si hago mal que Dios me juzgue.  
Partid si queréis.

EDG.

Contigo  
partiré, si no me excluyes  
de tu compañía. Mi gente  
aprenderá tus virtudes,  
y borraremos con hechos  
de honor pasadas costumbres.

ROD.

Luz se acerca. (Mirando hacia el foro.)

Retiráos, (A Edgardo.)

que he de hablarla.

EDG.

Dios te ayude. (Vase.)

## ESCENA IX

DOÑA LUZ y RODOLFO

LUZ.

¡Rodolfo! (Muy conmovida.)

ROD.

(Con amargura.) Bien de mi vida,

¿ese angustioso quebranto  
es porque te infundo espanto?

Mi existencia maldecida  
debo á un torpe bandolero,  
á quien presenta el destino  
como bárbaro asesino.

Luz. Rodolfo, siempre te quiero.

Rod. ¿Será verdad? (Con mucha alegría.)

Luz. (Sorprendida.) ¿Pues te extraña?

Eres lo que siempre fuiste,  
por eso mi amor resiste.  
Tu condición no se daña  
aunque los hados te hieran.  
Te quiero, sí, que en rigor,  
¿qué tiene que ver mi amor  
con lo que tus padres fueran?

Rod. ¡Luz, mi Luz!

Luz. Tuya seré  
mientras viva.

Rod. (Con exaltación.) ¡Luz divina!  
¡Y consideraré mezquina  
mi suerte, y de tí dudé  
al hallarte de este modo!  
¡Torpe humanidad; es ciega;  
pierde algo, y á pensar llega  
que ya lo ha perdido todo!  
¡Luz mía!

Luz. (Con mucha inquietud.) No hay que perder  
un instante.

Rod. ¿Qué sucede?

Luz. Salvarte mi aviso puede;  
eso es lo que vengo á hacer.

Rod. ¿Pues qué ocurre?

Luz. Tus soldados  
ganados ó persuadidos  
están. Temores fugidos  
ó peligros demostrados,  
los ponen á devoción  
de tus enemigos; huye  
ó aquí mi vida concluye,  
que es cierta tu perdición.  
A Enríquez lo oí decir:

cuantos el feudo gozáis,  
Rodolfo, todos estáis  
condenados á morir.

Rod. ¡Ira de Dios! (Con indignación.)

Luz. (Queriendo persuadirle.) Por Dios santo,  
que es cierto lo que te digo.  
Huye.

Rod. (Con decisión.) Pero tú conmigo.

Luz. ¿Cómo? ¿Qué dices? ¡Me espanto!  
(Con asombro.)

Rod. ¿No quieres salvarme?

Luz. Sí.

Rod. ¿Darme la vida?

Luz. A eso vengo.

Rod. ¿Pues qué vida es la que tengo  
si tú te quedas aquí?

Luz. Imposible.

Rod. Lo imposible  
es lograr, si así no es,  
que despierte mi interés  
esta vida aborrecible.

Luz. Rodolfo... (Resistiendo.)

Rod. Yo no te obligo;  
puedes seguirme ó quedarte;  
pero si aquí he de dejarte,  
aquí me quedo contigo.

Luz. Reflexiona. Si no infiero  
qué intentas. ¿Tienes temor  
de que has de perder mi amor?  
¿No sabes cuánto te quiero?  
¿Es que temes que no ceda  
jamás mi padre, y que tuya  
nunca sea? Pues concluya  
lo que detenerte pueda  
esa extraña prevención,  
que tal ha de ser mi ruego,  
que él cederá. Si tan ciego  
ó falto de corazón  
estuviese, y siempre esquivo  
su condición, resistiera,  
ni sospeches que á otro quiera:  
yo te amaré mientras viva



- como á mi esposo y señor,  
con tan cariñoso exceso.
- ROD. Mucho es eso; más no es eso  
el término del amor.  
La tierna correspondencia;  
el halago peregrino,  
eso no es más que el camino  
que lleva á la pertenencia.  
Esto es amor en justicia;  
todo amor tiene este anhelo;  
porque si se adora al cielo  
es porque se le codicia.
- LUZ. ¡Por Dios! (Suplicando.)
- ROD. Por ese te pido  
que me sigas; de ese modo  
aún puede arreglarse todo.
- LUZ. Yo mis deberes no olvido.  
No, jamás.
- ROD. Tu voluntad  
se ha de cumplir; pero advierte,  
que está en tus manos mi muerte.
- LUZ. (Con mucho desconsuelo.)  
Mi padre, sin caridad  
me maldijera. ¡Eso no! (Con horror.)
- ROD. ¡Vive Dios! ¿Qué más te obliga?  
¿que tu padre te maldiga,  
ó que te maldiga yo?
- LUZ. ¡Voces oigo! (Escuchando.)
- ROD. (Con desaliento.) ¡Suerte ingrata!  
¿Y aún te niegas á salvarme?  
(Reconviniendo.)  
Ellos vienen á matarme;  
pero eres tú quien me mata.

## ESCENA X

DICHOS y DOÑA BEATRIZ

- LUZ. ¡Ah! ¡no! (Vacitando.)
- BEAT. (Con mucha angustia.) ¡Rodolfo ..!
- ROD. (Entendiendo lo que le van á decir.) Lo sé:

- la soldadesca me entrega;  
 ésta á seguirme se niega; (Por doña Luz.)  
 no la dejo; moriré. (Con resolución.)
- BEAT. ¡Luz! (Tratando de persuadirla.)
- LUZ. (Con desesperación.) ¡Por el cielo bendito,  
 sálvate!
- ROD. (Con decisión.) Más no me ruegues;  
 si he de vivir, no te niegues.  
 Mis promesas te repito  
 de ser tu esposo, lo juro;  
 nuestra unión celebraremos  
 pronto; en cuanto nos hallemos  
 en un paraje seguro.  
 ¿Qué más me puedes pedir?
- BEAT. (Mirando por la ventana.)  
 La torre el pueblo acomete.
- ROD. (A doña Beatriz.)  
 Ese es mío; no os inquiete.
- BEAT. Tú no puedes consentir (A doña Luz.)  
 que aquí mi Rodolfo muera.
- LUZ. ¡Señor! ¡Señor! (Sin saber qué hacer.)
- BEAT. (Mirando por la ventana.) Los soldados  
 con el ataque irritados  
 se baten con saña fiera.  
 ¡Luz!... (Persuadiéndola.)
- ROD. (Con amargura, por doña Luz.)  
 ¡Mi perdición decide!
- BEAT. (Mirando por la ventana.)  
 Edgardo con sus bandidos  
 acomete. Protegidos (A doña Luz.)  
 por la lid, sin que se cuide  
 ninguno de nuestro intento,  
 podemos salvarle. (Por Rodolfo.)
- LUZ. (A Rodolfo, como pidiendo tiempo para reflexionar.)  
 Espera.
- BEAT. Ruido siento en la escalera (Escuchando.)  
 Suben. No pierdas momento. (A doña Luz.)  
 Indefensos nos hallamos.  
 ¡Por Dios! (Suplicando.)
- ROD. (A doña Beatriz por doña Luz.)  
 ¿Pero no lo ves?  
 Tiene en matarme interés.

- LUZ. ¡Jesús! (Con horror.)  
BEAT. (Á doña Luz.) Decídete.  
LUZ. (Con decisión.) Vamos  
ROD. ¿Te resuelves? (Con mucha alegría.)  
LUZ. Sí por Dios;  
pero pronto.  
ROD. (Llamando por la ventana.) ¡Edgardo, aquí!  
BEAT. No puede oírte. (Á Rodolfo por Edgardo.)  
ROD. (Observando desde la ventana.) Sí; sí.  
Me oyó y viene. De él en pos,  
por la mina, y con su ayuda,  
puesto que otra no tenemos,  
la libertad lograremos.  
LUZ. Sube. (Escuchando.)  
BEAT. (Disponiéndose á salir.) ¡Que Dios nos acuda!

## ESCENA XI

DICHOS, ENRIQUEZ y SOLDADOS

- ENRIQ. Aquí están. Esa mujer.  
(A sus Soldados por doña Beatriz, que ha quedado separada de Rodolfo. Los Soldados se apoderan de ella.)  
ROD. (Intentando recobrar á doña Beatriz.)  
¡Enríquez! Fuera, villanos,  
ENRIQ. Esta cayó en nuestras manos  
(A Rodolfo por doña Beatriz.)  
como tú vas á caer.  
Al cabo tu dueño soy  
y para el bien nunca es tarde.  
ROD. ¡Oh, Dios! ¡Tu vida, cobarde!  
(Con desesperación, intentando acometer.)

## ESCENA XII

DICHOS, EDGARDO y Bandidos.

- EDG. ¡Valor, hijo, que aquí estoy! (A Rodolfo.)  
ROD. ¡A ellos!

- (A los Bandidos que intentan acometer.)  
ENRIQ. (Conteniéndolos.) Tu gente modere  
su furia ó teme al castigo.  
ROD. ¡Ira de Dios! ¡A ellos digo!  
(A los Bandidos, que van á lanzarse contra los  
Soldados.)  
ENRIQ. Que acometan y ésta muere.  
(Por doña Beatriz, á la que amenaza con su puñal.)  
ROD. ¡Oh, quietos todos! (Conteniendo á su gente.)  
EDG. (A Enríquez.) ¡Traidor!  
ENRIQ. Deja las armas, que quiero (A Rodolfo.)  
que seas mi prisionero.  
ROD. ¿Eso pides? ¡Oh, furor! (Fuera de sí.)  
¿Y llegaste á presumir  
que me entregara quizás?  
ENRIQ. ¡Vaya si te entregarás,  
porque ésta puede morir! (Por doña Beatriz.)  
ROD. ¡Cómo! ¡Detente! (Con asombro.)  
BEAT. (Animándole á que resista.) ¡Hijo mío!  
¡No cedas!  
ROD. (A Enríquez, dominando su indignación y tratan-  
do de convencerle.) Recapacita  
en lo que tu acción maldita  
puede acarrearle. Fío  
en que más no insistirás:  
la fortuna es bien mudable;  
hoy parezco un miserable,  
pero mañana, quizás  
puedo de tu vida dueño  
ser, ¿pues qué duda tiene?  
Mira bien que no conviene  
ni el enemigo pequeño.  
ENRIQ. En fin, tiempo no perdamos:  
las armas y pronto, ó hiero.  
ROD. Piensa en tu vida primero.  
(Amenazador y persuasivo.)  
Sujetos por ella estamos, (Por doña Beatriz.)  
sin esfuerzo como ves;  
pero debes observar  
que si llegas á matar  
es para morir después.  
BEAT. ¡Hijo! ¡Ceder no conviene! (Luchando.)

- ENRIQ. No luches, de herirte cuida.  
(A doña Beatriz.)
- BEAT. ¿Para qué sirve una vida (Por la suya.)  
que su salvación detiene? (Por Rodolfo.)
- ROD. ¡No hay medio! (Con desesperación.)
- LUZ. (Con angustia.) ¡Rodolfo!
- EDG. (Con ira.) ¡Dios!
- ROD. ¡Me entregaré, el hierro quita!  
(A un movimiento de Enríquez.)
- BEAT. ¡Ah, no! ¡Existencia maldita! (Oponiéndose.)  
¡Lucha y salváos los dos!
- ROD. ¿Qué he de hacer? (Resignándose.)
- BEAT. (Concibiendo una idea) ¡No cederás!
- ROD. ¡Madre mía! (Con angustia.)
- BEAT. (Con resolución.) ¿Qué pretendes?  
¿Mi vida es la que defiendes?  
Ya no existe. Libre estás.  
(Arrebata el puñal á Enríquez y se hiera.)
- ROD. ¡Muerta! (Con espanto y furor.)
- EDG. ¡Mi Beatriz querida!  
(Con desesperación.)
- ROD. ¡Ya no hay para mí esperanza!  
¡Venganza!
- LUZ. ¡Qué horror!
- EDG. ¡Venganza!
- ROD. ¡No dejéis uno con vida!  
(Se acometen unos á otros. El cuerpo de doña Beatriz queda oculto por los Soldados hasta el final. Enríquez cae muerto á manos de Rodolfo, por la puerta de la izquierda.)
- LUZ. ¡Jesús! (Al ver caer á Enríquez.)
- ROD. Postrer testimonio  
de mi justicia es tu muerte. (Por Enríquez.)  
Corra yo la misma suerte.  
(Lanzándose contra los Soldados.)

## ESCENA XIII

DICHOS, ALFONSO X, DON ANTONIO, Caballeros  
y Soldados. Al aparecer éstos cesa la lucha.

ALF. El feudo por don Antonio.

ANT. ¡Rodolfo! (Al verle.)

ALF. Es tu prisionero. (Á don Antonio.)

ROD. No cadenas; no prisiones:  
morir sin mas dilaciones,  
con esta pena no espero.  
Matadme; me mataréis.  
Soy criminal á la alteza,  
acometí con fiereza.

Ahí muerto mirar podéis  
á Enríquez; cayó á mi ira.

ANT. ¿Has muerto á Enríquez, villano?

ROD. Sí; le ha matado esta mano,  
y aún me parece mentira.

ALF. ¡Prendedle! (Á los Soldados.)

ROD. Dije que no.

LUZ. ¡Dios de justicia, amparadle! (Por Rodolfo.)

ROD. ¡A mí mi gente!

(Lanzándose sobre los soldados del Rey.)

ALF. ¡Matadle!

(Á sus Caballeros. Estos hieren á Rodolfo.)

ROD. Así es como cedo yo. (Al sentirse herido.)

LUZ. ¡Rodolfo! (Al verle caer.)

ROD. (Cayendo en brazos de doña Luz.) ¡Luz, ya logré  
lo que ansiaba.

LUZ. (Con espanto.) ¡Estás herido!

ANT. Apresad á ese bandido.

(Por Edgardo á su gente, que obedeca.)

GARCES. Si ya no resisto, ¿á qué?

ROD. Luz, mi Luz; en tiernos lazos  
á tí en la vida me uniera:  
déjame que al menos muera  
protegido por tus brazos.

Respetad mi desvario, (Á don Antonio.)

señor, pues que nada os niego:  
lo que era vuestro os entrego;

entregadme lo que es mío. (Por doña Luz.)

Aquí mi dicha se encierra,

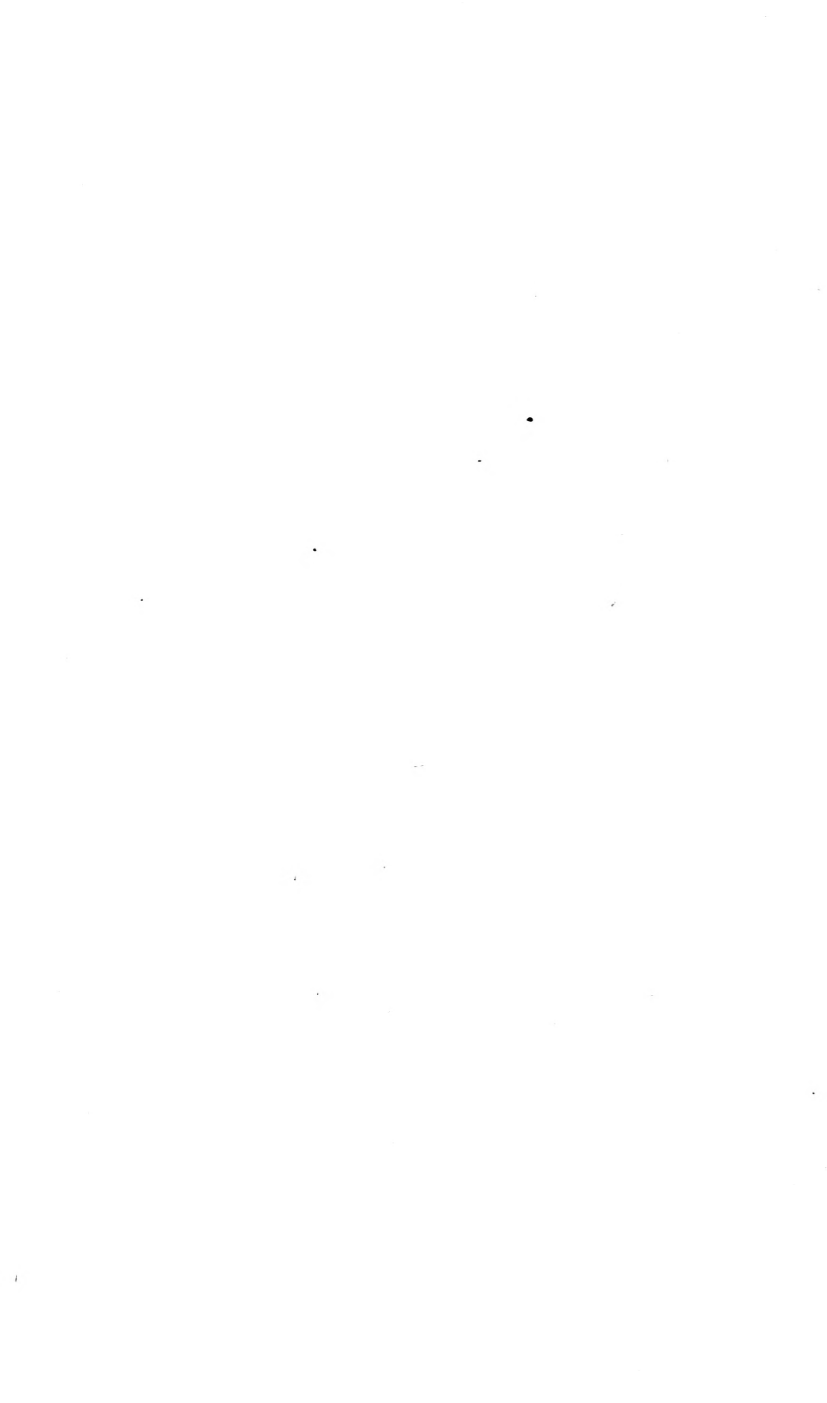
(Abrazando á doña Luz.)

mi riqueza, todo aquí

¡Adiós! velo desde allí (Por el cielo.)

mi tesoro de la tierra. (Muere.)

FIN DEL DRAMA





## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

AMAR Á CIEGAS. Comedia en tres actos.

EL LAZO ETERNO. Leyenda dramática en tres actos.

EL SEMEJANTE Á SÍ MISMO. Refundición de la comedia en tres actos y en verso, original de D. Juan Ruiz de Alarcón.

EL CRÉDITO DEL VICIO. Comedia en tres actos.

LA BALANZA DE LA VIDA. Drama en tres actos.

LA HERENCIA. Drama en tres actos.



ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

# PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

---

• Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

## PUNTOS DE VENTA

---

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.